

65-4
S.M./C8/25
Sociedad de Autores Españoles.—Madrid.

El Tenorio y el Poeta

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

DIVIDIDO EN DOS PARTES, REAL Y FANTÁSTICA

ESCRITO POR

JUAN FÁBREGUES SINTES

PRIMERA EDICIÓN



MAHÓN

IMPRESA DE B. FÁBREGUES

1902

C. M
SM
C^a8
25

-41

DEDICATORIA

Al muy ilustre Ayuntamiento de esta Ciudad.

por su benévola disposición en su

don Juan Victory Salas

A ustedes, dignos representantes del pueblo donde se la luz
primera, dedico la presente edición de mi obra. A su servicio
he puesto toda mi voluntad e inteligencia para que fuera

El Tenorio y el Poeta

Si resulta de escaso mérito será debido a mi insuficiencia;
no a mi buen deseo de ofrecerles un espectáculo de gran valía.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

Dandoles las gracias por anticipado de todo, quedo de us-
tedes affmo. s. s. p. s. m. d.

El autor.

Mérida, 8, Septiembre, 1902.



1057016
SM C^a 8 25

DEDICATORIA

Al muy ilustre Ayuntamiento de esta Ciudad.

y á su distinguido Alcalde-Presidente,

don Juan Victory Taltavull

A ustedes, dignos representantes del pueblo donde vi la luz primera, dedico la presente edición de mi obra. A su servicio he puesto toda mi voluntad é inteligencia para que fuera merecedora de la protección de ustedes, que suplico encarecidamente.

Si resulta de escaso mérito será debido á mi insuficiencia; no á mi buen deseo de ofrecerles un obsequio de gran valía.

Dándoles las gracias por anticipado de todo, quedo de ustedes affmo. s. s. q. s m. b.,

El autor.

Mahón, 8, Septiembre, 1902.

86-2

FAB

Sociedad de Autores Españoles.—Madrid.

El Tenorio y el Poeta

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

DIVIDIDO EN DOS PARTES, REAL Y FANTÁSTICA

ESCRITO POR

JUAN FÁBREGUES SINTES

PRIMERA EDICIÓN



MAHÓN

IMPRENTA DE B. FÁBREGUES

1902

Regalado por su autor

B. 350A

Año 1902

B-350A

REPARTO

Personajes

Actores

Parte Real

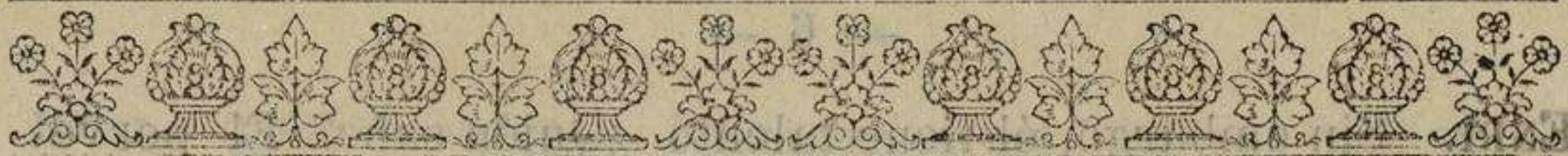
ENRIQUETA
DOLORES
CONCHA
MARÍA
JUAN
ALFONSO
JOAQUÍN
LUÍS
MANUEL
MARIANO
FERNANDO
CÁRLOS
RAMÓN
PEDRO
CONCURRENTES DE CAFÉ

Parte Fantástica

LAURA
JUAN
LOPE
LUCIFER
ERMITAÑO
DIOSA ISIS
LA ESPERANZA
SERVIDUMBRE

Primera parte, de actualidad, en cualquier capital de provincia española.—Segunda parte, reinado de Carlos I, de España y V de Alemania.

Es propiedad del autor y nadie sin su permiso podrá reimprimirlo, traducirlo ni representarlo. Queda hecho el depósito que marca la ley. Está encargada de la administración de este drama la «Sociedad de Autores Españoles, de Madrid.»



PARTE REAL

Acto primero



Habitación modesta en casa de doña Dolores.—Al levantarse el telón aparecen sentadas una frente á otra Enriqueta y Concha.—La primera ocupándose en labores —Estación de invierno.

ESCENA PRIMERA

CONCHA y ENRIQUETA

CONCHA. Si, querida mía, ese chico está loco. No te conviene de ninguna manera. Si fuese rico, podría pasar, pero como no lo es, ni tiene carrera ni nada que lo valga, es un absurdo que continúes tus relaciones con él.

ENRI. Mi Alfonso es activo y estudioso, me ama con una pasión que ningún hombre es capaz de sentir. Sus cartas y sus versos me han producido un amor irresistible hacia él, que ningún otro me ha inspirado jamás. Le amo y no vacilo en aceptar todos los inconvenientes y contrariedades que de nuestro enlace resulten.

CON. Enriqueta, tu no estás buena, á ti te falta un tornillo, tu crees vivir en Jauja, en un mundo de dorados sueños y de ilusorias esperanzas, sin premeditar en la realidad de las cosas. Primeramente, Alfonso se ha metido en la cabeza que se hará rico escribiendo comedias y poesías, un imposible. Ser escritor, especialmente en España, es creencial para morirse de hambre.

ENRI. Sin embargo, él tiene talento. ¿Quién sabe? El porvenir puede serle halagüeño y conducirlo á donde han llegado los grandes genios.

CON. Vives en Babia. Tu novio te ha inculcado el romanticismo á macha martillo. Atiende, cabeza de chorlito. Si bien hay algunos pocos sabios escritores quiénes han llegado á la meta de sus aspiraciones que ha coronado la gloria, la mayor parte de ellos no han llegado á más que á la categoría de chupa-tintas, harapientos y corridos.

ENRI. Pero Alfonso será uno de los pocos. Con su talento se abrirá paso, logrará sus fines y la felicidad de ambos. Yo no ambiciono más que un mediano pasar y le considero capaz de proporcionármelo.

CON. Déjate de sueños y quimeras. Tu novio es un bobalicón que se ha empeñado en pasar por una lumbrera de la ciencia y de la literatura y no tiene capacidad para nada. Si hasta los chicos le atropellan por la calle; es el hazme-reir de la gente. Créeme, hija, deja esa calamidad; nadie hace caso de él y sus escritos no van á ninguna parte.

ENRI. Cansada estoy de oír hablar así de mi Alfonso. Todo el mundo me dice lo mismo, sin embargo, yo no lo creo. Cuando me habla de sus sueños de gloria, de nuestra felicidad, de nuestro amor, considero que si la dicha es posible en este mundo él me hará dichosa. Nadie conseguirá desbaratar nuestra unión.

CON. Créeme Enriqueta, déjate de tonterías y no olvides que don Juan Pérez está enamorado de tí. Es un gallardo militar, aunque algo travieso, muy galante, rico y de muy buena familia. Con los pocos días que cuenta de estancia en esta capital ha logrado prender á muchas niñas que se mueren por él, chica, el disloque; pero no quiere más que á tí y me ha prometido hablar del asunto con tu mamá lo más pronto posible al haceros en breve una visita, ya que fué compañero de armas de tu difunto papá, que en gloria esté.

ENRI. Todo es en vano. No quiero á ese hombre. Si bien no le conozco, se dice de él que es un calavera, un libertino y sus amigos le llaman *El Tenorio*. Mi Alfonso vale más, pues me consta es virtuoso; su cariño hacia mí, llega al extremo de obligarle á bajar la cabeza cuando pasa alguna jóven por su lado, por no ofenderme. Es un ángel. Muy tímido, eso sí, como lo es el amor verdadero.

CON. ¿A eso le llamas tú, virtud y estimación? Su timidez es debida á su falta de carácter, á su debilidad, á su idiosincracia. Alfonso es un tonto que no sabe hacer más que emborronar cuartillas, ser el juguete, la diversión de todos. Su castidad, su virtud, no son más que aparentes, no dependen de su voluntad. No practica el mal por no saber hacerlo, porque no se le ocurre, su guillardura es tal y tan notoria que no encontraría mujer que le amase. Nadie le quiere por novio, por eso no puede faltarte. ¿Cómo puede serte infiel, si es incapaz de inspirar amor á ninguna mujer que le conozca y se precie en algo? Si te enamoraste de él, fué por sus cartas, versos de amor platónico que se infiltraron en tu alma de jóven romántica que no conoce el mundo que la rodea el medio ambiente que respira. Si tu madre consiente que venga á visitaros, es porque comprende que tu misma le despreciarás cuando le conozcas á fondo. Hace tres años que os escribis, y en todo ese tiempo os habéis visto y hablado muy raras veces, en entrevistas cortisimas de modo que tú no conoces su carácter, su manera de ser. Procura tener una conversación prolongada con él y comprenderás que no vale ni una décima parte de lo que crees, que digo, ni mucho menos ni nada.

ENRI. No me hables más de mi Alfonso porque reñiremos. Creo que todo lo malo que se dice de él, son habladurías, inventivas de la gente para perjudicarlo, del vulgo soez que siente la envidia del reptil al ver en lontananza al águila raudal remontarse á las nubes. Mi amor será ro-

mántico, como quieras. Detesto á los hombres positivos, que parecen ser los santos de tu devoción, á los galanes de oficio que conozco por las novelas y nunca conternporizaré con la malevolencia de esos séres, que no saben hacer más que calumniar, pisotear honras, difamando á las personas de bien y en cambio dan al mundo la triste muestra de sus vicios y de sus groseros desacatos.

CON. Tu te convencerás, querida Enriqueta. El tiempo y la experiencia te abrirán los ojos á la realidad y te arrepentirás de tus erróneas ideas románticas. El idealismo desaparece al contacto con la vida práctica.

ENRI. Soy muy jóven, una niña todavía, para juzgar al mundo, pero tengo la seguridad de que mis pensamientos no cambiarán jamás.

CON. Me haces reir. Todas creemos lo mismo y al chocar con los desengaños, descubrimos la vida real con todas sus fealdades é inconvenientes y cambiamos de táctica por pura necesidad. Los hombres, amada mía, son de carne y hueso, no ángeles como tú crees. El tipo que tu imaginación te pinta no puede ser más que ilusorio. Si existe algún sér como el que tú te figuras, no puede ser más que un idiota.

ENRI. Tus palabras me causan daño, más que la afilada hoja de un puñal atravesando mi pecho, y envenenan mi alma. No comprendo su alcance, pero considero que la perversión del mundo es debida al vil interés, al pérfido egoísmo, no á los corazones que aman.

ESCENA SEGUNDA

Dichas y doña DOLORES por la izquierda

DOL. ¡Hola, Concha! ¿cómo sigues? ¿y tu familia?

CON. Buenos, doña Dolores. Mamá le da á usted muchos recuerdos y me encargó le dijera que el jueves pasará á visitarla.

DOL. Me felicito por ello, pues como salgo poco es grande mi satisfacción al ver á mis antiguas amigas. ¿Y Lorenzo?

CON. Sigue mejorando. Los médicos opinan que en breve estará completamente restablecido.

DOL. Ya le dirás de mi parte que otra vez tome mayores precauciones á fin de evitar nuevos percances.

CON. ¿Y qué? ¿Está usted enterada de las pretensiones de D. Juan Pérez Fernández, capitán del regimiento de esta región que ha llegado hace poco á esta capital y que está enamorado de Enriqueta?

DOL. Sí, querida. Ayer recibí una esquila suya, pidiéndome le reciba y le contesté inmediatamente que podía pasar esta mañana; de modo que no puede tardar. Deseo vivamente hablar con él, pues mi idolatrado Ernesto murió en sus brazos en el combate de Cavite y aunque lo sé todo, siempre es un consuelo oír de labios autorizados cosas conocidas y algunos detalles tal vez ignorados.

CON. Sería una lástima que esta tontuela de Enriqueta, hiciera oídos de mercader á las pretensiones de don Juan, caballero, rico, elegante, cuyas conocidas hazañas le enaltecen y glorifican.

DOL. Mi hija cumplirá mi voluntad cuando precise. Si la dejo hablar con Alfonso, es porque es un buen muchacho inofensivo, obediente y le conozco desde su infancia; pero de eso, á que me convenga como marido de mi hija, va una enorme distancia.

ENRI. Pero mamá, ¿es posible que siempre trates de asuntos tan enojosos?

DOL. Conviene hija mía, no te forjes ilusiones, pues ya tienes edad de saber que no se vive de poesías. Alfonso tendrá todas las buenas cualidades que le supones, pero al paso que vá, jamás podrá atender á las necesidades de una familia de mediana posición. No hablo por mí; ya sabes que mi viudedad me permite vivir tranquilamente. Algún día quedarás sola en el mundo, por eso, por ese motivo, es mi

deber buscar para ti el bienestar y hacerte feliz.

ESCENA TERCERA

Dichas y ALFONSO por el fondo

ALF. Felices, ¿cómo siguen ustedes?

DOL. Bien, ¿y tú? Siéntate hombre.

ALF. Como quieran.

CON. ¿Que nos cuenta usted señor Alfonso?

ALF. Nada nuevo. Soy el más feliz de los mortales sólo al considerar que me aprecian ustedes, y el cariño de Enriqueta me llena el alma de grata ventura.

CON. Siempre soñador, siempre poeta.

ALF. ¿Y qué quiere usted? Si mi naturaleza me inclina á ello, no me resta otro recurso que seguir sus imperiosos mandatos.

ENR. Haces bien. Sigue tan noble empresa de esparcir tus conocimientos y tu idealismo. Ya sabes la recompensa que te aguarda.

ALF. Sí, ya sé: pero lo temo todo de este mundo engañoso. La esperanza en tu amor me consuela de todos los pesares de la vida.

DOL. ¿Ya has terminado el drama que traías entre manos?

ALF. Sí, señora.

CON. ¿Conque escribía usted un drama y no me lo había dicho?

ALF. Me olvidé de ello. La semana pasada lo llevé al empresario que me aseguró lo leería y si le parece aceptable, se pondrá en escena.

CON. Pero, hombre, quien le mete á usted á escribir. Ha estudiado acaso la literatura?

ALF. He leído mucho y para ello me basta la carta de Horacio á los Pisones. ¿Se atrevería usted á hacer esta pregunta á Echegaray, ó á Galdós por ejemplo?

CON. No, porque sería una inconveniencia interrogar á personas ilustradas, de talento reconocido.

ALF. ¿Y dirigida á mí, no? Señora, si yo no hubiese estudiado no me atrevería á escribir.

CON. ¿Pero usted, qué maestros ha tenido?

ALF. Los libros que al acaso han llegado á mis manos. Carezco de recursos que me permitan emprender una carrera. He tenido por maestro á la desgracia y ella me ha enseñado mucho. No hay maestro mejor que uno mismo. No quiere significar esto que niegue la utilidad que reportan las lecciones de doctos profesores; pero hay que tener en cuenta que el que va bestia á Roma, bestia torna y en las universidades no hay cátedra de entendimiento.

CON. Yo juzgo que solamente por lo que pueda haber leído usted es una temeridad, atreverse á competir con génius, con eminencias en el arte y en la filosofía.

ALF. El hombre se debe á la humanidad y está obligado á hacer todo lo que esté de su parte para ser útil á los demás. No desprecio las buenas críticas, pero considero que el mejor crítico es el público y creo que todo el mundo tiene derecho á hablar ó á escribir sin fijarse en otro consejero.

CON. Vamos á ver: usted nos ha hablado de Horacio, díganos, ¿quién fué ese señor?

ALF. (*ap.*) Qué desfachatez, qué grosería se emplea con los desgraciados! ¡Cuanta bajeza y adulación para los que han llegado al pináculo de la gloria! Del árbol caído....

CON. ¿Pero no contesta usted hombre? Cuando lo piensa usted tanto da pruebas de no saberlo.

ALF. Usted lo sabe por mí y es igual. ¿Sabría usted decirme doña Concha, que autoridad tiene usted para examinarme?

CON. Ninguna, pero...

DOL. Oye Alfonso: Siempre que entras en discusión te pones de mala manera. Vé con Enriqueta á sentaros al sofá; teneis permiso para platicar un rato.

ALF. ¡Que alegría! (*Ejecutan lo indicado*).

ENR. ¡Qué felicidad!

CON. Bueno, doña Dolores, con su permiso me ausento, pues me aguardan en casa. Que usted lo pase bien. Adios Enriqueta, y que tengas juicio, don Alfonso beso á usted la mano.

ALF. Dios la guarde.

DOL. Adios, Concha. No te olvides de saludar á tu mamá.

CON. No pase usted cuidado.

ENR. Hasta luego, Concha. ¿Cuándo volverás?

CON. Mañana. (*ap*). (¡Que tonto y que impertinente se va poniendo este chico! ¡No me ama, me vengaré!) (*Mutis por el fondo*).

ESCENA CUARTA

Dichos, menos CONCHA

DOL. Hombre, todo lo tomas á mal traer; es imposible tratar contigo cualquier asunto, que no te pongas hecho un basilisco. (*Durante la conversación de Alfonso y Enriqueta, doña Dolores está ocupada en escribir.*)

ALF. Es cuestión de temperamento. Usted dispense, ya me enmendaré.

ENRI. No digas nada más. Habla conmigo solamente. ¿Me quieres?

ALF. ¿Y me lo preguntas, cuando por tí daría las riquezas del mundo si las poseyera?

ENRI. Aunque ya sé que me amas, me gusta que me lo repitas. ¿Me olvidarás?

ALF. Pero, Enriqueta, ¿quieres enfadarme? ¿Olvidarte? ¡Imposible! ¡si tu sola eres la que me consuela de todas las amarguras y pesares de mi existencia! ¡Si tú eres mi gloria, mi ángel, mi Dios!

ENRI. ¡Pobre Alfonso mio, ya te he hecho enfadar! ¿Me perdonas?

ALF. Sí, bien mio. Adios.

ENRI. ¿Te vas?

ALF. Sí, Enriqueta adorada, voy á trabajar. Que usted siga bien doña Dolores.

DOL. Adiós, Alfonso.

ENRI. ¡Adiós, mi querido Alfonso!

ALF. ¡Adiós amor mío, eres el bálsamo de todas mis heridas! ¡En horas de angustia, al sufrir decepciones, sólo tu recuerdo basta para desvanecer todos mis pesares. (*Mutis por el fondo.*)

ESCENA QUINTA

Aparece MARIA por el fondo. Dichas y MARIA

MAR. Señora, hace un rato aguarda en el recibidor un señor capitán. Pide hablar con usted.

DOL. ¿Ha dado su nombre?

MAR. Señora. Es don Juan Pérez.

DOL. Que pase inmediatamente. (*Vase Maria y aparece don Juan por el foro.*)

ESCENA SEXTA

DOLORES, ENRIQUETA, JUAN.

JUAN Señora, se la saluda.

DOL. Tanto bien por casa? Le ruego tome usted asiento. Le aguardaba con viva ansiedad.

JUAN. Mil gracias, señora mia. Señorita, á los piés de usted.

ENRI. Beso á usted la mano, caballero.

JUAN (*ap.*) (¡Qué guapa es!) (*Se sientan.*)

DOL. He sentido un placer inmenso al estrechar la mano del compañero, del amigo de mi pobre Ernesto.

JUAN. Que en paz descansa.

ENRI. Dígame usted algo de mi papá.

JUAN. Cosas de la vida señora. Como le escribí á usted, su esposo murió en mis brazos, á poco de recibir una bala de maüser, que le partió el corazón.

DOL. ¡Infeliz!

ENRI. ¡Pobre papá mío!

JUAN ¡Cómo ha de ser! Aunque era superior mío y los límites de amistad no rebasaban al extremo de las cosas íntimas, sin embargo todo el mundo le quería por su buen trato, por su amabilidad y por su caballerosa cortesía.

DOL. ¡Pobre Ernesto!

ENRI. ¡Papá mío!

JUAN No se aflijan ustedes por un hecho que ya no tiene remedio. Su recuerdo sagrado debe ser el bálsamo consolador de sus penas y lenitivo de sus pesares. Ya sabe usted doña Dolores el objeto de mi venida. Enamorado perdidamente de su encantadora hija Enriqueta, la escribí á usted, y como por su parte me contesta favorablemente, me he decidido á dar este paso.

DOL. Enriqueta todavía es muy niña y no piensa en casarse, sin embargo, yo no me opondré á su voluntad. Que ella decida de su suerte. Caballero, dispense, necesito pasar á mis habitaciones y dar algunas órdenes á mis sirvientes. Supongo se quedará usted á comer en casa.

JUAN ¡Con mil amores, pero antes he de cumplir un pequeño compromiso, pero volveré luego.

DOL. Como usted guste. (*Mutis por la izquierda.*)

ESCENA SÉPTIMA

Dichos menos DOLORES

(*En toda esta escena don Juan emplea la sugestión hipnótica.*)

JUAN Señorita, dispense mi atrevimiento, pues estoy convencido de qué, lo que debe efectuarse, mejor hoy que mañana. La escribí á usted anteayer y todavía aguardo su contestación. ¿Recibió usted mi carta?

ENRI. La leí y me quedé perpleja, sin saber que contestarle á usted.

JUAN A su edad, difícilmente se conocen los ardides del travieso Cupido y tiene disculpa su irresolución,

ENRI. Es que...

JUAN Comprendo, cosas de niños. Usted mantendrá relaciones con algún muchacho, amigo de la infancia, que es amor y no lo es, es un juego, reminiscencias de la edad primera.

ENRI. Le conocí en mi niñez; nos separamos á consecuencia de los continuos viajes que mi papá se veía obligado á empaender. Sólo hace tres años regresamos aquí, mi país natal. El, vino á darnos la bienvenida y ha seguido visitándonos alguna que otra vez. De esta época data nuestro amor. Me admira conozca usted lo que pasa en mi corazón, tanto, que creo alguien se lo ha contado.

JUAN Nada de eso, Enriqueta; es muy fácil adivinar lo que es muy frecuente entre jóvenes. Pero este amor que usted se imagina, no es amor.

ENRI. ¿No es amor?

JUAN Vivir de suspiros y de miradas, de pájaros y flores, es un encantador idilio que hace reír á los que conocemos el mundo, y no conduce á nada práctico.

ENRI. Realmente se equivoca usted. Nuestro amor es la abnegación, el idealismo, como deben sentir todos los que aman y desean su felicidad.

JUAN Sentiría molestarla. Si mi conversación le es enojosa, y mi presencia la estorba, me retiraré.

ENRI. No tal, usted ha entrado como amigo de casa, como compañero que fue de mi desgraciado papá, que en gloria esté; yo sé distinguir entre el amor y la amistad.

JUAN Dispongan siempre de mi afectuosa y sincera amistad; todo lo que pueda y lo que valga está siempre á su disposición. La primera vez que la ví, salía usted de la iglesia del Socorro, me quedé al mirarla fascinado, como si una encantadora visión apareciera ante mis ojos. Desde aquel día la amo, la adoro con delirio; el fuego de la pasión ha invadido por completo mi alma, convirtiéndose en volcán devastador que desgarrá y destruye mi ser. (*La coje las manos y se arrodilla.*) Tenga usted compasión del

ser que no hace más que llorar noche y día para obtener un dulce sí, de sus labios encantadores.

ENRI. ¡Caballero!....

JUAN ¡Tenga usted piedad de mí, de un hombre que consagra su amor, todo su pensamiento, toda su voluntad, en aras del amor divino que me ha inspirado usted!

ENRI. Bien, pero ¿y mi palabra, mi juramento?...

JUAN Olvida, bien mío tan ridículas ideas. ¿Qué puede afirmarse de tal amor? Nacido en la infancia, es un juego de niños. ¡Olvidalo todo por mí!

ENRI. ¡Oh, mi Alfonso, pobre mío!

JUAN ¿Se llama Alfonso? ¿Quién es?

ENRI. Alfonso Dafnis, El Poeta.

JUAN ¡Qué has dicho! Desecha de tu mente á ese majadero.

Ya sabes el poco tiempo que hace estoy aquí.

ENRI. Sí.

JUAN Pues, biens no le conozco personalmente. Todos le tienen por un monomaniaco, por un tonto pretensioso que se ha empeñado en pasar por un Séneca, por un Cervantes y el inteliz es un idiota ridículo, el hazme-reir de todo el mundo.

ENRI. ¿Será cierto?...

JUAN ¿Me crees capaz de mentir?

ENRI. No, pero... ¡qué decepción!

JUAN ¡Hermosa niña, sueño dorado de mi existencia! ¡Tus ojos poseen la expresión mágica del ideal divino! ¡No puedo resistir más! ¡Si tienes empeño en que muera, dame un no, y moriré desesperado! ¡El frio cañón de una pistola dará fin á mi tormento! ¡Tú serás la causa de mi perdición eterna!

ENRI. ¡Gran Dios! ¡Confía!...

JUAN ¡Tú lo has dicho! ¡Estrella encantadora del cielo de mi felicidad! ¡Nadie será sobre la tierra tan venturoso como nosotros! ¡Nos envidiarán los ángeles! ¡Amame, te lo suplico, te lo ruego, te lo imploro!... ¿Me quieres?

ENRI. Sí, pero... (*Ap.*) (No puedo resistirle! ¡Siento un fuego abrasador en mis entrañas!)

JUAN ¿Me amas?

ENRI. Te amo... (*Don Juan se levanta.*)

JUAN ¡Oh, bellísima Enriqueta! ¡hurí oriental del cielo mahomético! (*La abraza.*) ¡Tú eres mi gloria, mi amor inmenso, la sublimidad de Dios!

ENRI. ¡Juan, no sé qué siento!...

JUAN ¡Lucero mio! ¡encanto del corazón! ¡Bella Enriqueta, luz de mis ojos! ¡Ven! ¡ven un momento conmigo! Así, escribe á Alfonso, yo te dictaré (*Enriqueta se deja llevar maquinalmente como hipnotizada y ejecutando lo que indica don Juan.*)

JUAN •Señor don Alfonso Dafnis: Dispénseme usted, caballero. Desde hoy cesan de una vez para siempre, nuestras relaciones. Es usted un tonto, la burla, el hazme reír de todos. Un hombre así es digno del desprecio; no merece el amor que por indiscreción mía le había confiado. No me escriba porque no le contestaré á usted; no vuelva por casa por que no será recibido.—*Enriqueta Sanz.*»

ENRI. ¡Oh!... ¡ya está!...

JUAN ¡Bien, hermosa mía, dulce bien mio! (*Cierra la carta y la guarda.*) Yo me encargo de hacer llegar inmediatamente esta misiva á manos del poetastro.

ENRI. ¡Dios me perdone, pero ya está hecho!

JUAN ¡Qué niña eres! ¡Delicia de mi alma! ¡Adiós, ángel mio!

ENRI. Adiós .. ¿Volverás pronto?...

JUAN Inmediatamente, ¡sol delicioso de la primavera eterna del amor de los amores! (*Mutis rápido por el fondo.*)

ESCENA OCTAVA

ENRIQUETA *sola*

¡Dios mio! ¡pobre Alfonso! ¡Qué cambio se ha operado en mí! ¿Querré á Alfonso con el cariño de hermano y á

Juan con el de amante? Siento por él una emoción, para mí hasta ahora desconocida. Ese hombre me ha inculcado sus ideas y pese á mi voluntad, me ha cautivado. ¡Cómo si no fuese la vez primera que le he visto! Mi cabeza arde; encontradas ideas luchan en mi mente y mi voluntad rendida por la fascinadora mirada de Juan, por sus apasionadas y ardientes frases, ha quedado inútil para dictaminar. ¡Dios mío! ¿que hacer? ¡Pobre Alfonso!...

ESCENA NOVENA

Dicha y doña DOLORES

DOL. Y bien, ¿qué te ha parecido don Juan, He pretextado tener ocupaciones, para darle ocasión de que tratara á solas contigo. ¿Accedes á darle la mano de esposa?

ENRI. Sí, mamá; á ese hombre no hay quien le resista. No sé si le amo ó si le temo, me da miedo y deseo... su presencia. Mamá puedes concederle mi mano ...

DOL. Te felicito, hija adorada. Al fin has comprendido, que tu madre mira por tu bien, y has desechado para siempre á ese pobre Alfonso, á ese infeliz soñador que vive de rimas y de consonantes y que tiene la manía de eclipsar á Zorrilla con sus versos y dramas.

ESCENA DÉCIMA

Dichas y ALFONSO que llega desesperado con la carta en la mano.

ALF. ¿Qué es esto, Enriqueta? ¿Tú has escrito este papel? ¡Tú olvidando la fé que me juraste, atropellando mis afeciones más caras, no vacilas en apuñalear mi corazón con desdén! ¡Callas!... ¡Lloras!... ¡Contesta! ¿Es posible me niegues el amor? ¿tú que me juraste no olvidarme jamás y que me pedías pruebas del mío? ¡Yo estoy loco! ¡Dame una explicación ó no respondo de mí!

DOL. ¿Con qué autorización ha entrado usted en mi casa?

ALF. ¡Y es usted, quien me lo pregunta! ¡Usted que conocía nuestro amor y lo alimentaba con su complacencia!

DOL. ¿Y usted, á quien ha pedido á Enriqueta?

ALF. ¡Y ahora me lo dice! ¿Por qué no habló claro desde un principio? ¡Falso mundo! ¡Traición por todas partes! ¡Hipócritas, farsantes, que con capa de amistad y cariño, finjis bajo la espesa máscara del egoísmo miserable!

DOL. ¡Váyase usted de mi casa! ¿Qué se ha figurado usted? ¡Salga usted inmediatamente!

ALF. ¡Me iré cuando me dé la gana! ¡Cuando quiera! ¡Enriqueta me pertenece, y nadie en el mundo me apartará de su lado sin perder antes la vida!

DOL. Responde, Enriqueta. ¿Verdad que no quieres á Alfonso y que te casas con don Juan Pérez?

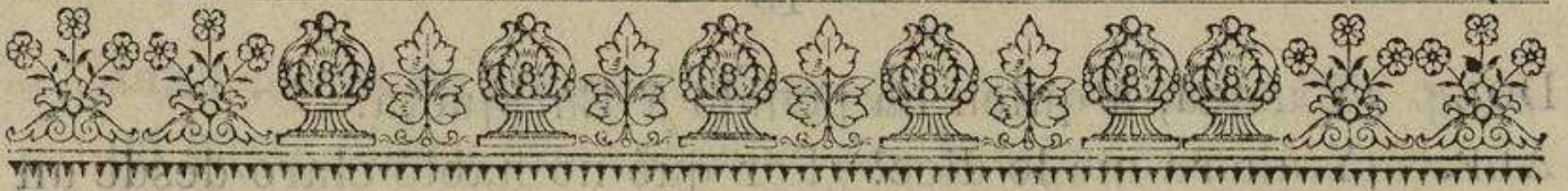
ENRI. Sí... *(Con voz desfallecida)*.

ALF. ¡Cielos! ¡EL TENORIO! ¡Gran Dios! ¡Húndase el planeta! ¡Destruyase la creación! ¿Eres tú, la que has pronunciado ese sí? ¡Egoísta,.... ingrata! ¡Maldígale Dios! ¡Pero si no hay Dios! ¡No puede haberlo! ¡No permitiría tales infamias! ¡Me vuelvo loco! ¡Enriqueta mía! ¡Dime que me adoras! ¡que sigues siendo mi angel bueno! ¿Verdad? ¡Suspiras!... ¡Lloras!... ¿Me vas á dejar morir de pena y desesperación? ¡Bajas la cabeza!... ¿No contestas?... ¡Ah, madre mía! ¡No hay esperanza!... ¡Enriqueta, mi idolatrada Enriqueta, ten piedad de mí! ¡Y usted, doña Dolores, diga usted, dígame que estoy soñando! ¡que es mentira lo que me pasa! ¡que es un delirio!

DOL. ¡No haga usted más el tonto y salga de mi casa, que está demás aquí!

ALF. Sí, me iré.... Adios, señora.... Adios Enriqueta! ¡La sangre se me agolpa á las sienes!... ¡Aja, ja, ja, ja! ¡Morir vengado será mi único placer!... ¡Morir!... ¡Qué bello es morir, para dejar este mundo de traición y de engaño!... ¡Adios!... ¡adios!... ¡Adios!... ¡Aja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! *(Desaparece por el fondo.)*

Fin del acto primero.



Acto segundo



Habitación humilde que figura ser el cuarto de estudio de Alfonso. Puertas á la izquierda y al fondo. Aparece Alfonso por la puerta del fondo, enciende una cerilla y prende fuego á la bujía que habia sobre la mesa. Coloca en ella una botella que llevaba. Entra en la habitación de la izquierda y sale con una copa en la mano que pondrá al lado de la botella, y se deja caer en una silla que habrá al lado de la mesa. Durante el soliloquio irá tomando copas, cuando así lo comprenda el actor que desempeñe este papel.

ESCENA PRIMERA

ALFONSO *so!o*

No sé lo que me pasa. Rendido por el cansancio y por las emociones terribles recibidas hoy, no soy árbitro de mi cerebro. Las ideas fluyen, se agolpan en espantoso remolino, dominando á su capricho mi voluntad y mi pensamiento. ¿Si me volveré loco?... ¡Ingrata! ¡pérfida! ¡Yo que cifraba en su amor, todo un porvenir de bella esperanza, de gloria infinita! (Saca maquinalmente de sus bolsillos un revólver y una cajita de cápsulas) ¿Será posible?... ¿No me engañan mis sentidos? ¿Seré juguete de un delirio sin nombre?... Después de vagar todo el santo día por las

calles como un idiota, mi cabeza se niega á coordinar las ideas, y en la lucha de tan encontrados pensamientos, quedo convertido en hombre-máquina, en un autómeta. Si no es creíble, no, no, no puede ser. Si todas sus cartas están encabezadas con él: «Mi siempre queridísimo Alfonso, mi eterno amor», y terminadas con las divinas palabras: «te amo y te amaré toda la vida, hasta la muerte, hasta más allá de la tumba»... Amor de espíritu, adoración de dos almas unidas que cifran su ventura en el espacio infinito y al aproximarse al sol que quema sus alas, las carboniza, caen al abismo de lo ignorado, en el antro de lo desconocido. ¡Si pudiera raciocinar, si me fuera dado coordinar mis pensamientos! ¡oh, cuánto sufro! ¡Si pudiera llorar! ¡Llorar amargamente, que la explosión de lágrimas despejara mi cerebro trastornado!... ¡No puede ser! ¡ella me ama, me adora, me idolatra!... Pero, ¿su carta recibida esta mañana? ¡Si, si, es su letra, su misma firma estampada en ella que parece la del severo magistrado que decreta mi sentencia de muerte! ¡Al fin la envidiosa calumnia ha conseguido echar sus garras sobre mi corazón y me lo ha despedazado! ¡Le han hecho creer, me lo dice en su escrito; que soy un tonto, el hazme-reír de la población, que supone un hombre sin pensamiento, sin voluntad!... Pero, ¿realmente seré un imbécil? ¿seré un bobo pretensioso, un botarate ridículo?... ¿Se me insulta por eso?... ¿Se me desprecia? ¿Por qué?... ¿La tontería es delito, que la humanidad señala con el dedo? ¿La locura es un crimen que hay que castigar horriblemente? ¡No, no, mil veces no! ¿Se me insulta por imbécil, por chiflado?... ¿Eso se llama raciocinar? Nadie tiene la culpa, nadie es responsable de ser como la naturaleza lo ha creado. ¿Es culpable el ciego porque no ve? ¿Es responsable el acéfalo, el idiota de los males orgánicos que los determinan? ¡Son dignos de lástima, de compasión, no de burla, de odio, de escarnio! ¡Esos seres que persiguen á

los infelices de la tierra, carecen de sentido común, de la lógica más rudimentaria del empírico Pero Grullo! ¡No, si se me insulta, si se me atropella, no es por estas causas, es por desacreditarme, por envilecerme, por anularme para inutilizar mis cuartillas escritas con la sangre de mis manos y la materia gris de mi cerebro! Una de dos: ó el vulgo es una cáfila de orates ó yo no sé lo que me pesco. ¡Si ellos poseen, á pesar de mis raiocinios, inteligencia é ilustración, que me diga Dios quien soy que yo no me reconozco! ¡O ellos son unos sabios y yo soy un tonto, ó yo soy un génio y ellos... una manada de borregos! (Pausa). Todos los embates de la vida, los desprecios, las humillaciones, la carencia de recursos para mis más perentorias necesidades, todo lo sufría con santa resignación, sabiendo que había un ángel de paz y amor, consuelo de todas mis amarguras y alegría de mis ensueños de poeta! Solo queda mi madre idolatrada. ¡Pobre madre mía! ¡Solo por ella vivo todavía!... ¡Infeliz, cuando despiertes encontrarás un cadáver bañado en su propia sangre, rígido, yerto, en cuyo enjuto rostro, como grabados por cincel quedarán marcadas las huellas de mi desgracia sin remedio! El mundo, ¡aja, ja, ja!... ¡ya no te temo!... ¡Quien nada espera, poco le importa tu desprecio ó tu loa, ni le espanta la muerte!... ¡Ya no tendrás vulgo estúpido quien te divierta! ¡el hazme-reir ha muerto! ¡Aja, aja, ja! Es una arma bonita, con preciosas incrustaciones. Probemos de cargarla. Ah, ah, ya está. ¡Valiente vehículo para pasar de este mundo al otro. ¿Y allí? Yo no sé. Nada se sabe. ¡El mundo de las aguas mansas, de sol espléndido, de cielo siempre claro, sereno de un azul purísimo, sin tempestades, sin flores, eternamente desolado, desierto. Probemos. (Se aplica el revolver á las sienas). Helado como el sueño de la muerte, como el corazón pérfido de Enriqueta. (Lo separa). Todavía no. (Bebe una copa). ¡Brindo por el festin de los esqueletos! ¡Ah, Enriqueta, ingrata,

cruel Enriqueta! ¡goza al lado de don Juan, el TENORIO moderno, sus lúbricos amores! ¡Fórmate un sonriente porvenir para luego evaporarse, como la vida del cerebro al contacto de un proyectil! (*Se aplica el revólver*). Así... ¡adios para siempre!... (*Lo separa*). ¡No, no! ¡Qué ridiculéz, que barbaridad! No poco se alegrarian mis enemigos de mi cómico suicidio! Harían chacota de mi muerte, satisfechos de haberse librado de un estorbo. ¡No, no debo morir debo matar! ¡Derramaré un rio de sangre. La mataré á la salida del teatro, apostado en la esquina de enfrente. ¡La misma donde nos reconocimos después de tantos años de ausencia! ¡Será de un efecto sorprendente! ¡Qué gozo destruir una fiera que ha emponzoñado mi existencia! ¡A ese *Quijote* TENORIO, el futuro viudo, le mato yo! ¡Pobre loco de la orgía de la vida, de la bacanal satánica! Le encontraré en el «Café de las Delicias» si, voy allá. Veremos quien me tose á mi. Mataré á los dos y después me pegaré un tiro. Si, si, así debo hacerlo. No hay que dudarlo. ¡Valor y audacia! ¡TENORIO el chico, el bú de los maridos, el tormento de las familias, el enemigo de la virtud, despidete del mundo para dar un paseo por la eternidad! ¡Sí, si! ¡Yo recobraré mi fama, todos me temerán y al conseguir el dictado de asesino, nadie osará, de una vez para siempre atropellar mi decoro! ¡Oh, vulgo insensato! ¿Tu no quieres que te haga reir? ¡Te haré llorar! ¡Lágrimas de sangre que mancharán mis manos y lavarán mi frente del oprobio infamante que me echas en rostro villanamente! (*Mutis rápido por el fondo*).

MUTACIÓN

• *Café de las Delicias*. Varios concurrentes que juegan y beben. Unos saliendo, otros entrando. Pueden pronunciarse algunas palabras, siempre que no interrumpen el diálogo.

ESCENA SEGUNDA

PEDRO, JOAQUÍN, MARIANO, *luego* LUIS.

(*Pedro sirve á los concurrentes lo que piden*).

JOA. ¡Bravo, chico! tu has caído en el mejor de los mundos.
La muchacha vale un potosí.

MAR. Phs, ¿que quieres? Nos conocimos en Apolo y desde entonces...

JOA. Con eso y lo que me has contado, te afirmas de elegante y gallardo calavera.

MAR. No tanto, adulación á un lado.

JOA. Te hago justicia. Por este paso mereces la honra de ser mi amigo, y compañero de nuestra tertulia íntima de la que ha sido nombrado presidente honorario el insigne TENORIO.

MAR. No le conozco.

JOA. Es un capitán llegado hace poco de las que fueron nuestras colonias.

MAR. Y ahora que las parta un rayo.

LUIS (*Entrando.*) Amigo Joaquin, ¿que tal va?

JOA. ¡Hola, don Luis Mejía; Tenemos la mayor suerte del planeta. Forman parte de nuestra compañía un don Juan y un don Luis.

LUIS No te falta gracia, Joaquin. ¿Ha llegado don Juan?

JOA. No, le he dejado tomando parte en una partida de billar, y por cierto estaba indignado. Perdía mucho.

LUIS Gajes del oficio.

ESCENA TERCERA

Dichos y MANUEL

JOA. ¡Hola Manuel! Os presento á mi amigo y desde hoy vuestro, don Mariano Briado.

LUIS Tanto gusto. (*Le dan las manos.*)

MAN. Tengo el sumo placer....

MAR. Mil gracias, caballeros.

LUIS Me han dicho que te casas con Lola.

MAN. ¡Va de retro! Nosotros somos célibes incorregibles. Te han mal informado.

LUIS Ya decía yo. Chico, me lo aseguraron.

MAN. De algo se ha de hablar.

JOA. Hay que hacer el caldo gordo, amigos. ¿Has visto á la Rosalia?

MAN. Si, está pelando á un vejete banquero y casi lo tiene en camisa.

MAR. ¡Estará fresquito!

LUIS Hay que apechugar con todo.

JOA. Y dominarlo todo.

MAN. Y perseguirlo todo.

LUIS ¡Hombre, tanto como eso!...

MAN. Digo, lo que sea digno de nuestro paladar.

JOA. Eso ya es otra cosa. Hablar de conquistas es hablar de la mar.

LUIS Es asunto tan socorrido que es el tema de conversación.

JOA. Pero, ¿no hay lances nuevos que referir?

LUIS Ayer tuve un encuentro, llegamos á las manos, y es muy probable que mañana me vea obligado á empuñar las armas.

MAN. Cuenta con nosotros.

LUIS Es el caso, que Elvira...

JOA. Sí, la modista de quién nos hablaste.

LUIS Tiene un hermano que es terrible. Tuve un altercado con él, me denostó de mala manera, amenazándome con tomar venganza de los agravios, si no me caso con su hermana.

JOA. ¡Eso, nunca! ¡qué barbaridad!

LUIS Lo siento, pero creo será preciso deshacerme de ese hombre.

MAN. De mal, el menos.

ESCENA CUARTA

Dichos y don JUAN

- LUIS ¡Ya tenemos á don Juan!
- JUAN Adiós, don Luís. Amigos...
- JOA. Te esperábamos ansiosos.
- MAN. Impacientes.
- JUAN Estaba jugando.
- LUIS Ya me lo ha dicho Joaquín, y que la cosa traía mal cariz.
- JUAN Y tanto, pero el albur dió una vuelta y conseguí ganancia considerable.
- MAR. Desgraciado en el juego...
- LUIS Venturoso en amores.
- JUAN ¡Es un absurdo! Hombre, siento fuertes deseos de conocer á ese POETA tronado, á ese Alfonsito que mantenía relaciones ignoradas con una niña que he conocido. Y por cierto, me ha costado el dominarla. He empleado el hipnotismo, la sugestión, cosa que los galanes de hoy deben practicar, y apesar de ello, encontré una resistencia poco comun. Llegó momentos en que ya desconfiaba de su adquisición.
- JOA. ¿Cómo se nombra la nueva Inés, que ocupa tu corazón empedernido?
- JUAN Enriqueta. Por ahora mantendré la incógnita hasta ver donde parará ello.
- JOA. Ya te presentaré á nuestro inclito Alfonso. Se cree un sabio, un literato; es su chifladura y se presta á ser objeto de broma de las personas de buen gusto.
- JUAN Así me lo han asegurado. Mucho te agradeceré ese favor.
- LUIS No en balde te llamamos el TENORIO. Con el poco tiempo que te hallas aquí, ya son tres las conquistas que llevas en cartera.
- JUAN Y tu no me andas en zaga. Ya sé que estás en buen

terreno para la adquisición de un nuevo lauro.

LUIS ¿Cuál?

JUAN Ana, la hija del comerciante...

LUIS. ¡Hola! ¿Se sabe ya aquí?

JUAN Cuidado pues, que yo no la eche el guante y te conviertas en un nuevo *Mejía*.

LUIS ¡Tendría gracia, TENORIO moderno! Pruébalo, no conseguirás nada. Te apuesto mil quinientas pesetas y una cena espléndida para todos.

JUAN Aceptado, don Luis *Mejía*.

LUIS Con mil amores, don Juan TENORIO. (*brindan.*)

JUAN Pero, ¿el asunto debe pasar á mayores?

LUIS No hay caso, pues tengo la seguridad, que te vas á llevar la primera calabaza del siglo, que formará época en tu vida galante.

JUAN Luis, el asunto me interesa y entre hombres de nuestro temple, eso es ya cuestión de amor propio.

JOA. ¡Así me gusta, que seais trabajadores y hombres al agua!

MAN. Al coñac y al vino, debieras decir. ¡Viva la fuente misteriosa de los espirituosos estimulantes! ¡Ella es el manantial que hace brotar las grandes ideas de los libertinos elegantes!

JOA. ¡Bravo, Manuel!

LUIS Bebamos, don Juan.

JUAN A tu salud, don Luis.

LUIS Brindo por festejar de antemano tu derrota.

JUAN Te equivocas, Luis. Acepto el brindis. (*Todos beben.*)

JOA. ¡Vivan los buenos mozos de temple y de *aqué!*

MAN. ¡Vivan las buenas mozas y el mejor vino!

JUAN Aprobado en un todo vuestro programa.

JOA. Continuemos bebiendo y que siga la broma.

MAR. Yo me hallo dispuesto á llevaros esta noche á casa de Estrella y de Luz, bailarinas de...

JUAN ¡Hombre, Luz y Estrella! Nos bañaremos en un fascinador rayo de sol.

- LUIS. O de luna, que para el caso es lo mismo.
- JOA. Pero que no sea la de Valencia.
- MAR. ¡Y cá! Eso no es cosa del otro jueves.
- MAN. Ni del otro sábado. (*Siguen bebiendo alegremente.*)
- LUIS. Y va de cuento.
- JOA. Sí, continúa la narración de tu aventura galante.
- LUIS. La monjita á mi indicación escapó del convento, saltando las tapias de la huerta, valiéndose de las sábanas de su casto lecho. Yo la esperaba apostado con un coche de punto para proteger nuestra fuga. Llegamos á Sevilla sin novedad y al cabo de unos días me cansé de ella y la abandoné, sin que hasta la hora presente haya sabido nada más de esa ingénua y cándida paloma. (*Todos rien á carcajada batiente.*)
- MAN. Sois original. Vuestras conquistas tienen el sello del laconismo prudencial.
- JOA. Y las mias. Me enamoré de la hija de una gitana y sin más circunloquios, la llevé á casa y *tableau*, se concluyó la función.
- MAR. Yo tambien. Estando de paso en Játiva, me enamoré de una lavandera de *chipén* y como á la tercera va la vencida, á las tres noches, éxito completo y voló el pájaro.
- JUAN. Calaveras, libertinos, émulos dignos de mi prosapia. Vosotros sois mi padre y mi madre como diría el Cristo. Voy á referiros un caso, que por singular merece contarse. (*Beben.*)
- JOA. ¡Bravo!
- MAN. ¡Retebien!
- MAR. Con gran placer te escucho.
- LUIS. Amigo don Juan, soy todo oidos.
- JUAN. Ahí va sin más circunloquios. Teniendo que emprender un viaje á París, en comisión del servicio me embarqué en el tren. En el coche donde iba yo había una hermosa pasajera que no hacía más que mirarme. Entablé conver-

sación sin notar nada en ella que me llamara la atención. Nada más que formulismos y frases de rúbrica. Por casualidad, que casi siempre es la madre de la tentación, quedamos solos en el vagón y el tren prosiguió su marcha. Quedamos frente á frente la hermosa trigueña y yo. Quedarnos solos y abrazarme fué obra de un momento. «Infiel;—me dijo—; tu me abandonaste, tu me seduciste, y me he decidido á seguirte. Dime que me amas, que no me olvidarás hasta la muerte ó un veneno activo dará fin á mi existencia. Dime que me quieres, y me estrechaba fuertemente con nerviosidad neurótica. Yo aprovechaba el tiempo. Sentada sobre mis rodillas ella seguía articulando palabras apasionadas capaces de fundir el hielo del corazón más empedernido. La miré de hito en hito. Hice un esfuerzo de imaginación, que me recordara de donde reconocía la tal mujer. Trabajo inútil. La examiné detenidamente. Hice un estudio fisionómico y comprendí claramente que se trataba de una demente y que me tomaba por otro. Me propuse desempeñar el papel de su antiguo amante y la dije:—«Tuyo soy hasta la muerte. No te abandoné. Fué mi mala estrella que me persigue noche y día.—» le conté mil mentiras, que tuve que huir por evadir el castigo, que se me perseguía por el delito infamante de sedición que se me imputaba villanamente. En fin, la convencí de su error y exclamó radiante de felicidad después de haberme otorgado el placer supremo;—«Perdona ángel mio, Arturo adorado. Yo que te creía infiel, un hombre sin conciencia que me había abandonado; ¿me perdonas?—«Sí, repuse, estrella brillantísima del paraíso perdido, faro de luz hermosa, sol de mis amores, querubín, paloma y mil majaderías más.

JOA. La cosa tiene gracia.

MAR. Eso es puro romanticismo.

MAN. ¿Y cómo terminó?

LUIS ¿Cómo te saliste del compromiso?

JUAN Muy fácilmente. Por abreviar, os diré, que me entregó todo el dinero que llevaba. Llegamos á París, nos instalamos en el «*Hôtel de France*», y de la noche á la mañana me escabullí, dejándola en cueros vivos.

LUIS ¡Pobre mosquita muerta! ¡Ajá, ja, ja! (*Rien y beben.*)

JOA. ¡Eso parece un caso de novela por entregas!

MAN. ¡Un cuento de «Las mil y una noches!»

JUAN Como os parezca. Os aseguro que es relación verídica.

MAR. ¡Bebamos á la salud de esa trigucña gabacha!

LUIS ¡De esa Julieta sin Romeo!

JOA. ¡Unos amantes de Teruel á la *derniere*!

MAN. ¡Superior, amigo! Bien puedes decir aquello de

*Por todas partes que fui,
la razón atropellé...*, etcétera (*Rien y beben.*)

ESCENA QUINTA

Dichos y ALFONSO que llega agitado y algo bebido.

ALF. Buenas y santas noches.

JOA. ¡Ahí tenemos al POETA!

MAR. ¡El Petrarca de la literatura española!

MAN. ¡El sol de los génios!

(*Alfonso, que se ha parado, los contempla con indiferencia.*)

JOA. Don Juan TENORIO, te presento á nuestro distinguido paisano, honor de las letras y de la filosofía.

MAR. ¡Qué nos diga unos versos!

MAN. ¡Qué recite una poesía!

LUIS ¡Qué cante una malagueña!

MAR. ¡Qué baile! (*Alfonso vuelve á mirarles igualmente y va á sentarse á una mesa que estará desocupada, frente á ellos.*)

JOA. ¡Calle! ¿Qué mosca le ha picado?

LUIS ¡Qué formal se pone!

MAR. ¡Un moderno Diógenes de levita!

MAN. ¡Un discípulo de Platón, enamorado de la luna!

JUAN Hombre, deseaba conocerle á usted; me felicito por la casualidad de encontrarle, pues como he conocido á una

familia que usted visita, y mantiene relaciones amorosas...

LUIS ¡También de conquistas! Otro TENORIO nos ha salido!

MAN. ¡Un génio enciclopédico que sabe montar bicicleta!

MAR. Y enamorar muchachas de servicio!

ALF. Usted es el causante de mi desgracia. Por usted he perdido el cariño de mi adorada Enriqueta. Usted ha hecho mi existencia imposible. Quiero quitar de enmedio á un hombre vil, indigno de haber nacido; vengo á matarle, don Juan.

JUAN ¿Y eso? Calmaos. ¿Os duele la cabeza, verdad?

JOA. Está beodo.

MAR. ¡Tome usted unas copas con nosotros!

MAN. ¡Que viva nuestro inmortal poeta, competidor del «Burlador de Sevilla» de Moreto!

JOA. ¡Del héroe de «El convidado de piedra» de Solís.

ALF. ¿Qué os habeis figurado? ¿Que vuestras locas y ridículas expresiones y extremadas alabanzas son creídas por mí? Os engañais miserablemente. ¿Os imaginais que yo me tengo por un genio? Otra barrabasada de vuestro alcoholizado cerebro. ¡Me convidais á tomar unas copas!...¡ Más valiera en vez de derrochar grandes cantidades en vicios, pervirtiendo á la humanidad entera, atendiérais al necesitado, al pobre trabajador que agoniza de hambre, á la pobre huérfana que se prostituye por un pedazo de pan, á la infeliz viuda que no tiene con qué alimentar á sus desventurados hijos! ¡Os creéis hombres de talento y no sois más que unos mentecatos, unos tontos de capirote, la hidra de la sociedad que manchais con vuestra baba venenosa!

LUIS ¡Deslenguado!

MAN. ¡Mal nacido! (*Van á arrojarse sobre él.*)

JUAN. ¡Teneos! ¡Vais á armar una escandalosa! No os movais de vuestro sitio, yo me entenderé con él.

ALF. ¡Así lo deseo, don Juan, que por sus asquerosas hazañas se cree ser usted un hombre superior! ¡Yo en nombre

de la sociedad que pisotea, digo que es usted un canalla!

JUAN ¡Tenga usted la lengua insensato ó le sabré dar una lección que le servirá para todo el tiempo que dure su miserable existencia! ¡Es usted un imbécil!

ALF. ¡Acepto el piropo! ¡Vale más un insulto en labios de usted que las mentidas alabanzas de sus dignos compañeros! ¡Si usted me cree un imbécil yo le tengo por un detestable rufián! ¡Tiene usted sentimientos de fiera, ladrón de honras, de la tranquilidad de las familias! ¡Usted ha matado mi última esperanza, me ha hecho detestable la existencia! Reniego de la vida y de su villano proceder!

JUAN Gusanos como usted los pago con esa moneda.

(Le suelta un salivazo.)

ALF. ¡Afrenta como esa no la había recibido jamás! ¿Se figura usted haber cometido una heroicidad con su infamante acción? ¡Se la devuelvo! *(Le da un bofetón que don Juan se para con la mano izquierda).*

JOA. ¡A él!

MAN. ¡Al idiota!

ALF. ¡Vosotros sois los imbéciles y los idiotas! ¡carcoma de la humanidad! ¿Para qué quiero la vida, si mi corazón ha muerto? ¡Usted me ha arrebatado á Enriqueta! ¡Usted me ha hecho desgraciado!

JUAN Está usted en un grave error. Ella se burlaba de usted como los demás que le conocen á fondo.

ALF. Perdida la esperanza quiero jugarme la vida con el causante de mi infortunio.

JUAN. ¡Ea, basta don Alfonso! Mande usted sus amigos, que se entiendan con éstos los míos. Mañana al rayar el alba le espero en el campo del honor.

ALF. No soy de esos cándidos mentecatos que se dejan matar á su antojo de usted. Conozco su destreza en las armas y deseo que el duelo sea á la suerte, á pistola y á cuatro pasos. El que haga el primer disparo sea el que designe la Providencia.

JUAN Convencido. Con esas condiciones no lo aceptara nadie más que yo. No me hago de rogar.

ALF. ¡Me ha hecho feliz como me hizo desgraciado! ¡Mi amor ha muerto! ¡Mi odio empieza al borde de la tumba!

JUAN ¡Alfonso, le tengo lástima! Es usted juguete de la ficción. ¡Ea, déme usted satisfacciones y en paz!

ALF. Gracias. Es usted un perdona-vidas. No acepto esa gracia ni menos de usted.

JUAN ¡Basta, pues, de palabrería inútil! ¡Mi corazón abierto al amor y á las grandes ideas, se resigna á cometer un delito. ¡Usted lo ha querido! ¡Sea!

ALF. Así le quiero ver á usted. No repare en pelillos. Un cadáver más, ¿qué importa al mundo? Un nuevo crimen ¿qué importa al que como usted es un portento de iniquidades? ¡Hasta mañana! ¡La sed de venganza me da bríos! ¡Voluntad no me falta ni valor para aplastar una víbora devoradora! (*Medio mutis.*)

JUAN Sea enhorabuena. ¡Adios poeta tocado, hazme-reir de la sociedad, remedo de hombre! ¡Infeliz!

ALF. ¡Adios, zángano de la humana colmena! ¡Mañana sabrá usted quien es Alfonso Dafnis y lo que pueden su firmeza y su valor!

JUAN ¡Mañana recibirá usted el galardón merecido, para que aprenda que no se insulta impunemente al TENORIO de fama universal!

Fin del acto segundo



Acto tercero



Telón de bosque.—Don Juan y don Alfonso, uno frente al otro se contemplan indiferentes, á unos diez ó doce pasos de distancia, rodeados de los padrinos y del médico.—Don Juan vestirá el traje de trusa debajo el gabán á fin de ejecutar rápidamente la transformación indispensable á la parte fantástica.—Amanece.—Téngase buen cuidado en desviar la puntería de los dos disparos, en este acto.

ESCENA PRIMERA

JUAN, ALFONSO, JOAQUIN, LUIS, FERNANDO,
CARLOS y RAMON.

(Fernando y Joaquín examinando unos boletines).

FER. Uno, dos, tres...

JOA. Dieciocho, diecinueve, veinte. Están cabales. *(Los examinan todos y afirman con la cabeza.)* Don Alfonso, saque usted un número.

FER. Don Juan, tome usted otro. *(Ejecutan lo indicado y los examinan los padrinos.)*

LUIS. A don Juan toca ser el primero en probar la suerte. *(Saca don Juan un número y otro don Alfonso.)*

CAR. A don Juan le ha tocado el número ocho.

LUIS. A don Alfonso, el número diecisiete.

JOA. Don Alfonso debe ser el primero en disparar el arma.
(*Expectación.*) Uno, dos, tres. (*Da una palmada.—Alfonso se adelanta cuatro ó cinco pasos y dispara.*)

JUAN ¡Ah!... ¡Me ha herido!... (*Todos acuden á don Juan, don Ramón el médico lo examina.*)

ALF. (*Aterrado se le escapa el arma de la mano y cae de rodillas sollozando.*)

¡Oh!... ¡Perdón! ¡Soy un asesino! ¡perdón!

JUAN Te perdono.....

RAM. ¡La herida es grave! ¡Pronto, á escape, llevémosle al coche!

(*Joaquín, Luis y Ramón se lo llevan en brazos rápidamente por la izquierda.*)

ESCENA SEGUNDA

ALFONSO, FERNANDO y CARLOS.

ALF. ¡Asesino! ¡asesino! ¡La familia del hombre, es la humanidad entera! ¡Fratricida!

CAR. Vamos, levántate, hombre.

FER. Vamos querido Alfonso.

ALF. ¡Fratricida! ¡No merezco perdón!

CAR. ¡Vamos, hombre! *Se deja levantar por sus amigos.—Al estar en pié, le conducen dándole el brazo.*)

ALF. ¡No, no! ¡El fin no justifica los medios! ¡Mentira!

FER. Cálmate.

CAR. Tranquilízate.

ALF. ¡Asesino, asesino! ¡Cain, Cain! ¿Qué has hecho de tu hermano? (*Se deja llevar como un autómatas y desaparecen por la derecha.—MUTACIÓN.*)



PARTE FANTÁSTICA



Delirio de don Juan

Expléndido jardín iluminado por la luna.—A la izquierda un precioso palacio; frente á él, un banco de piedra.—Entre las figuras decorativas que adornan el jardín, habrá las estátuas de Vénus, Cupido, Baco y Marte, jarrones, flores, etc., etc.—Al levantarse el telón, aparece en una de las ventanas del primer piso, doña Laura, que está demente con el cabello suelto, vestida ligeramente de blanco cendal.—El papel de este personaje debe expresarse con exagerado sentimentalismo romántico y entonación dramática.

ESCENA TERCERA

LAURA *sola*

¡Luna que vagas tranquila, sonriente, por el espacio infinito, dile á don Juan que muero de amor! ¡Tus gratos fulgores iluminan las almas, infundiendo esa melancólica tristeza de un amor sin esperanza! ¡Astro de la noche, bella Diana, reina de las estrellas, derrama tus rayos plateados sobre la cabeza divina de don Juan! ¡Dile que impaciente le espero, anhelosa le aguardo, dile que no puedo vivir sin él! ¡Hermosa luna, blanca diadema del cielo azul, sé mi dulce guía, inspira á mi amante, pasión inmensa, que á nadie quiera, á nadie más que á mí! ¡Dile que venga al instante, al momento, dile, mi delicia, mi dulce compañera, que estoy ansiosa, que verle quiero, que quiero hablarle de mi amor purísimo, como tus rayos, como tu cara, como tus efluvios que arroban el alma

de grata ventura! ¡Al sentir tu fulgor, parece me besas en la frente con ternura; al contemplarte, me dices sonriendo: ama y espera! ¡Tú, viertes en mi alma, tesoros de divina inspiración! ¡Luna que vagas tranquila, sonriente, hermosa Diana, blanco lucero, inmenso faro de la eterna noche de la Creación, dile al oído del amante mío, dile á don Juan, que muero de amor!

(Aparece don Juan despavorido, como si le persiguieran, por el fondo, derecha; seguidamente vé á Laura, que lanza una exclamación de júbilo, y la contempla arrobado.—Laura sale á escena, corriendo, y se arroja en sus brazos.)

ESCENA CUARTA

JUAN y LAURA

LAU. ¡Juan, Juan de mi alma!

JUAN ¡Estrella de mis amores! ¡Laura de mi corazón!

LAU. ¡Ven á mis brazos! ¡Mi idolatrado don Juan, descansa, estás fatigado, ven, ven conmigo. *(Se sientan en el banco de piedra.)* ¡Con cuánta impaciencia te aguardaba, hermoso mío! ¿Te han herido esos infames que te perseguían?

JUAN No sé; no sé que tengo.

LAU. ¡Si supieras cuanto te amo tendrías lástima de mí! Mi esperanza la cifro en tu cariño, inmenso como el mar, infinito como el espacio! En la noche serena y tranquila, al contemplar las estrellas, las comparo con tus ojos y palidecen. No puedo vivir separada de tí, un solo momento, el dolor me mataría. En horas de terrible angustia, de sufrimientos sin fin, pienso en tí y alivio mis penas. ¡Mi pasión se exalta, mi frenesí llega á los límites de la locura!

JUAN Laura, bella Laura, yo te quiero; pero mi amor comparte con pasión intensa, los destellos de su divino don. Por doquiera que miro veo bellezas que adorar y agravios que merecen venganza. Tú sabrás que don Gonzalo murió á mis manos, que Inés, murió de pena y desespera-

ción, mi amor y mi única esperanza. Yo cifraba en ella todo un porvenir de redención y ventura. Ella me hizo concebir una pasión; un cariño inmaterial, una acendrada adoración por lo divino, que no me habían inspirado jamás las mujeres.

LAU. Todo lo sé, Juan mío. Ya que murió el objeto de tu adoración, ámame á mí, siquiera con la mitad de la pasión purísima que sentías por la angelical Inés. Abrázame, así. ¡Jamás infelices los que te conocen, bello don Juan de mi alvedrío!

JUAN Mi cabeza arde cual inmenso volcán. Hay momentos en que pierdo las nociones de tiempo y de lugar. Mi pensamiento vaga errante cual voluble mariposa. Sediento de amor, no puedo negarte el mío, no puedo dejar de corresponderte. En tus labios beberé el precioso néctar de la vida. Laura adorada, hermosa mía, luz de mi pensamiento, armonía de mis sentidos y alegría de mi espíritu. Desde mi edad juvenil, no acierto á dar un paso, sin cometer atrocidades y crímenes. Compadécete de mí, no aumentes mis sufrimientos con un insensato placer, que desbarate y destruya, toda la benéfica utilidad que pueda proporcionarme la experiencia adquirida y mi arrepentimiento sincero. Necesito descansar; quiero, de una vez para siempre, abandonar el mundo, que no está formado para mí. No sé vivir en él, sin vicios, sin vanidades. En mi infancia, reñía ya por cualquier bagatela, no había nada seguro ni en casa ni en la agena, cuando se me ocurría cometer una villanía. Mis padres murieron de pena por mi causa, por los grandes disgustos que les proporcionaba el TENORIO, este don Juan, tan alabado por esa cáfila de presumidos estúpidos, admiradores de las heroicidades del *rey de Sierra Morena* y de otros aprovechados *caballeros* de su calaña. He abusado con tal extremo de las pasiones, del juego, del desafío, de las bebidas, de las mujeres, de las mayores vilezas, que, ya no sólo por vir-

tud, por cansancio, quiero dejar de una vez para siempre, esta vida nefanda, que me conduciría al cadalso y á mi perdición eterna. Laura, mi hermosa Laura, luz de mis ojos, estrella de la alborada de amor, atiende á mis consejos desinteresados. Tú, no eres libre. Casada con un hombre que te dobla en edad, de carácter uraño, pero apasionado amante que te adora. No cometas la locura de persistir en tu insensato y violento desvarío. Ámame en silencio, lejos, muy lejos de mí. En la noche callada, tranquila, poblada de estrellas, fijate en el cielo y verás retratado mi semblante como reflejo de un alma que se fluidiza. Contempla el mar á los mágicos resplandores plateados de la luna, y mándame besos y pensamientos y yo, al otro lado de la orilla á inconmensurable distancia, al sentir el eco de las vibraciones sonoras del aire la explosión de besos chocar en mi frente y repercutir en mi cerebro transformados en remolino de pensamientos, flores bellas que adornan el entendimiento humano, como guirnalda de la hermosura y de la esperanza, inefable emoción invadirá mi alma y te devolveré beso por beso, idea por idea, pensamiento por pensamiento. Créeme, dulce Laura, encanto del corazón y alegría de mi espíritu. No aumentes mi congoja, déjame, te lo suplico de rodillas. Cumple como fiel esposa; el deber te impone este sacrificio. Llena el sagrado deber que yo jamás he cumplido. ¡Yo no sé que diría para convencerte! ¡qué frases emplearía para disuadirte y anonadar tus proyectos! Oye, mi bella Laura, mi hermosa Laura, el amor es más que un manjar delicado, es un placer del alma. Amor, significa abnegación, ¿lo oyes? Significa sacrificio, martirio, en aras del objeto preferido. ¡Nuestro amor material sería un crimen que produciría una cadena de infortunios, que nos precipitaría al fondo del caos de nuestra perdición. ¿Crees en Dios? Si todavía sientes esa fe necesaria, que yo no concibo apesar de mi arrepentimiento, por Dios te

lo pido y te lo ruego. Laura, mi preciosa Laura, sol de mis ojos, alivio y consuelo de mis sufrimientos, sé buena compañera del hombre que comparte su suerte con la tuya, que os ha legado el Padre Celestial. Todavía estás á tiempo, decídete. Camina hacia la virtud, no me hagas más desgraciado de lo que soy. ¡Te lo suplico, de rodillas te lo pido, te lo ruego, ámame con el espíritu y cumple tu deber, Laura, mi bella Laura, te lo imploro con el pensamiento y te hablo con el corazón en los labios y la esperanza en los ojos! (*Se levanta y se sienta á su lado.*)

LAU. ¡Juan de mi alma!... Tú me engañas fingiendo una virtud que desconoces para disimular tu desprecio. Ven, acércate más todavía, dame tus brazos, así, ¡qué bien se pasan las horas á tu lado! ¡Murmullo delicioso de pajaritos son tus palabras á mi oído! tu voz, vida mía, suena en mi corazón, como vibrante campana que me llama al santuario. ¡Bien mío, tesoro de delicias, rico serafín, encanto de mi alma, qué dulce es tu cariño! ¡Si supieras la impresión que me causa sentir el contacto de tu cuerpo y acariciar tus brazos!... No, Juan mío, ídolo del corazón, esperanza de otro cielo más puro todavía que el que nos cobija, ¿has visto amar á los ángeles? Nos amaremos como ellos, ¿verdad?... ¡Oh, no protestes, calla! ¡No me acongojes con tus mal encubiertos desprecios! ¡Si fuera capaz de insultarte, no dudes, te maldijera! Te dirigiría toda clase de improperios. No puedo hacerlo. El temor á ofenderte sella mis labios, ejerciendo el efecto de un hierro candente aproximado á la boca. Has hablado de deberes, y no has tenido en cuenta mis derechos. Todos conocen mi manera de vivir. Pero tu no sabes la existencia que atravieso al lado del sér que me consagró un representante de Dios sobre la tierra. Oye Juan de mi alma, sol de mis amores, hermoso Juan mío, ¡solamente mío! Don Lope no me ama. Se casó conmigo por egoísmo de la dote que yo me traía, temeroso que me enamorase de otro y quedar

burlado. Una vez conseguidos sus intentos casi me olvidó. De capricho en capricho va sin pensar en su mujer, ni en la dignidad que debe á sus canas. Me inspira ódio en vez de amor. Después de todo, ¿que afecto pudo sentir por un hombre que podría ser mi padre? ¡Ah, Juan mio, no me dejes, no me abandones, no ames á otra mujer, que moriré de pena! Como sabes don Lope era mi tutor. Me aisló del mundo para que no conociera el amor y no pudiese concebir otro cariño que el suyo. Al concederle el sí, no me di cuenta de lo que hacía. Lo tomé como un juego de niños, sin darle importancia alguna. ¡Oh, si las mujeres comprendieran la trascendencia del sí, pronunciado en el sagrario, cuán pocas lo darían! ¡Enmudecería temiendo se les escapase de sus labios una blasfemia! ¡Idolatrado don Juan de mi corazón, ámame mucho! ¿Me adoras? ¿Qué encanto sobrehumano te reviste que no sé vivir sin tí? ¡Si me abandonas moriré de pena y desesperación! ¿Lo oyes, Juan mio? ¡mi dulce Juan de mi alma! No vaciles, poseo una fortuna, todo será tuyo. Huiremos, ¿verdad? ¿Te parece á Italia? ¿á Suiza? Donde tú quieras me parecerá acertadísimo. Lo que tu pongas en plan, serán órdenes para mi. ¿Verdad que me quieres, que no amas á otra mujer? Dime, Juan mio. estrella encantadora; ¿me amas? ¡Ten compasión de mí! ¡No te vayas sólo, no me dejes, no me abandones, dame tus brazos, quiero descansar en ellos hasta el último estertor de mi agonía, al bajar á la misteriosa tumba, arcano de un mundo invisible de infinita gloria!

JUAN Te adoro, mujer divina, preciosa Laura; no quieres reconocer tu error y yo, ¡pobre de mí! no he logrado convencer tu razón ni dominar tus sentimientos. Refrena tu pasión, divina Laura, no me obligues á cometer más desafueros todavía. ¡Te imploro que me olvides, que no me ames, que me aborrezcas!

LAU. Infiel, ingrato. ¿tanto amor dejas sin recompensa, des-

¿Después de haberme hecho concebir todo un mundo de esperanzas y de felicidad?... No, no puede ser. Tus palabras son obra del fingimiento, no inspiradas por tu amoroso corazón. No es posible, tú me amas, tú me lo dices y sin embargo te niegas á satisfacerme. Eso se llama ser un TENORIO de verdad, tú sabes emplear el tiempo á las mil maravillas.

JUAN Laura, me has vencido. Depongo mi actitud, nuevamente me abandono á los vaivenes del mar de la vida. Ya no sé qué partido tomar, me has desarmado. Pero, considera mi buena Laura nuestra grave situación. ¿No concibes que te amo? ¿No comprendes que mi mayor placer sería, verte siempre á mi lado y acariciarte con vehemencia? Pues bien, oye la voz austera de la razón, y no intentes continuar por un camino que para tí será de espinas y para mí un lazo diabólico que dará fin á la reacción saludable que me conduce á la virtud.

LAU. ¡O tú, te has vuelto loco ó hablas de mentirijillas! O tú no me amas ó finjes una coquetería refinada para hacerte de rogar como niño mimado. Yo creo lo último, no puede ser otra cosa. ¿Verdad, amor mío? ¡Qué felices vamos á ser! Recorreremos el mundo como esas dichosas golondrinas que buscan en diferentes regiones lugar bien hechor para reconstruir sus nidos de amores. La servidumbre duerme. Llevo en mi cartera los documentos de más valor que poseo. La noche nos favorece, huyamos. (*Se levantan.*) Huyamos de esta mansión para siempre. Jamás volveré á pisar este suelo. ¡Solo su recuerdo me llenará de espanto!

JUAN Laura, tú no aciertas. Los imposibles proyectos que te imaginas son producto del sueño. Vives en el mundo de las ilusiones. ¡Laura querida, por el amor de Dios, serénate, vuelve á la realidad! ¡Sigue tu deber aunque mueras de amor!

LAU ¡Ah!... ¡Tú no me amas! Si sintieras como yo la fuerza

de la pasión, no te mostrarías insensible á mis ruegos y promesas. ¿Sigues empeñado en mostrarte severo, intranquilo y exigente?... Vamos, niño mío, no me hagas llorar, no sigas haciendo el tonto, no juegues más con mi corazoncito, prenda mía. Te diviertes conmigo como una chiquilla con su muñeca. Me hace gracia, ¡aja, ja, ja, ja! ¡Tu no ries, riete, tonto! ¡Si ya te he descubierto el juego!.... ¡aja, ja, ja, ja!

JUAN (Ap) (¡Cómo disuadir á esta infeliz demente!...) ¡Laura!... ¡Ah!... Sí... has acertado. No seas tan frenética. Para que nuestros propósitos puedan realizarse es necesario dar tiempo al tiempo, preparar nuestra fuga con discernimiento y precaver sus consecuencias.

LAU. ¿Y eres tú el que me hablas así? El que ama con verdadera pasión, no discurre, no reflexiona. ¡Mentira, tú no me amas!... ¡Qué desgraciada soy!...

JUAN No es eso, no te aflijas, no llores! tu conoces mi vida detestable. ¡Ten compasión de mí! ¡Deja que termine mis días entregado al arrepentimiento y á la oración! ¡Deja que concluya mi existencia en ejemplar virtud!

LAU. ¡Compasión!... ¿Tú la tienes de mi infortunio?... ¡Cuánto amor empleado para comprar el desprecio y el desengaño!

JUAN ¡Laura, idolatrada Laura!... ¡Por última vez te imploro que abandones tan funestas ideas! ¡No me precipites otra vez á una vida fatal de aventuras y de crímenes.

LAU. ¡Juan, Juan de mi alma! ¡Tú me escondes la verdad, bajo la espesa máscara de la hipocresía. ¿A qué aventuras, á qué crímenes te refieres? No comprendo. ¿No pasaremos toda la vida unidos por divino y puro amor? Nos envidiarán las auras y las flores que prestan indolentes sus corolas á sus suaves caricias. Un amor inmenso coronará nuestra felicidad.

JUAN Pasión que comienza en el delito acabará en el crimen. Tú no conoces el mundo, Laura bella; ya se vé, vi-

ves en la soledad, en este suntuoso palacio que te sirve de cárcel, que te aísla del trato de la sociedad, como el pintado pajarito en jaula de oro y rica pedrería. Tú no puedes hacer más que amar, sentir la nostalgia del preso que suspira por su perdida libertad. He aquí tu misión. ¡Tú no puedes comprender el alcance de mis reflexiones, ¡te compadezco sinceramente!

LAU. ¿El que dice esto y no remedia la suerte del triste encarcelado que llora la libertad perdida, tiene el corazón de roca, no siente, no ha sentido jamás pasiones nobles y generosas! ¡Tú serás la causa de mi desesperación y de mi muerte!

JUAN ¡Laura, basta! ¡Dime, ¿qué quieres? soy tuyo!

LAU. ¡Ah!... ¡Mi eterno ídolo, mi bienhechora esperanza! ¡al fin has comprendido la intensidad de mi pasión y abnegado, heróico, te decides á dar libertad á la infeliz prisionera! ¡Intentabas probar mi fé! ¡Ya lo has conseguido! ¡La hoguera que arde en mi pecho é inflama mi corazón no es áscua mezquina que se apaga un fuego fátuo que se disipa apenas formado, es volcán devorador que no se extingue con pequeños paliativos!

JUAN ¡Comprendo tu pasión devastadora que me ha incendiado el pecho, produciéndome un desvario! ¡Por mi amor, por el tuyo, por nuestro mútuo cariño, déjame salir! ¡Yo me ahogo! ¡El carbono de las flores ha impregnado el aire de miasmas ponzoñosos dañando mi organismo! ¡La respiración me falta! ¡Déjame salir!

LAU. ¡Ah!... ¡huyes!... ¡No, no me dejarás!... ¿Verdad, amor mío?

JUAN ¡Déjame, déjame solo!

LAU. ¡Oh!... ¡Si te atreves á dar un solo paso, este puñal atravesará mi corazón! (*Blande un puñal*).

JUAN ¡Adios Laura! (*Medio mutis.*)

LAU. (*Se da una puñalada*) ¡Asesino! ¡Don Lopel!... Servidores.... Asesino.... Asesino....

JUAN ¡Qué es esto! ¿Qué hacer?... ¡Laura adorada! ¿qué has hecho?

LAU. Por tu amor, bien mío, muero. No te apartes de mí. Siento una congoja que invade mi sér. ¡Hubiéramos sido tan felices!...

JUAN ¿Me perdonas amor mío?

LAU. Si ¡idolatrado Juan de mi corazón! El destino quiere que muera. Moriré dichosa en tus brazos y mi espíritu al romper las ligaduras que le sujetan, subirá al cielo y velará por tí. No me olvides. ¿Me olvidarás?

JUAN ¡Si no es posible olvidarte! ¡No Laura mía! ¡Jamás! ¡jamás! ¡Socorro! ¡Laura se muere!

LAU. No grites, estoy tranquila. Soy feliz al verte á mi lado acariciando mi undosa cabellera. No me abandones, siento el frío de la muerte que hiela mi corazón.

JUAN ¡Laura ¡Laura mía!

LAU. Mi hermoso Juan de mi alma. ¿Pensarás conmigo en las horas de mortal agonía? Yo seguiré amándote desde la tumba al cielo. ¡Qué ventura será la mía al verte desde allá. Me parecerás un niño hermoso, un angel de amor.

JUAN ¡Oh, Laura mía! ¡Yo también te seguiré al sepulcro! ¡Mi vida no puede prolongarse, siento aquí.... (En el pecho) ¡Si muero iré á reunirme contigo!....

LAU. Gracias Juan mío, ¿me perdonas?

JUAN ¡No aumentes mi pena, no me hagas llorar!... Si soy yo el culpable de tu muerte! ¡Si soy yo el que debo pedirte perdón!

LAU. No, Juan mío, estrella mía. Era una locura unirnos en la tierra. Nuestro puro amor necesita más ancho espacio. ¡Comprendo tus razones y muero amándote! ¡Oh, gozo!

JUAN ¡Oh!... ¡Yo no quiero que mueras! ¡Socorro! ¡don Lope! ¡servidores! ¡Socorro! ¡No puedo gritar, mi voz se anuda en la garganta! ¡Laura mía, no hallaré consuelo si me dejas!

LAU. Pobre Juan mío, comprendo que me adoras. Dame un beso. Será el sello eterno de nuestra despedida. (*Se besan.*)

¡Te amo hasta la muerte, hasta *más allá* de la tumba!

JUAN ¡Laura mía, toma un beso, ciento!

LAU. Gracias, amadísimo Juan. ¿Me amarás siempre?

JUAN ¡Siempre, siempre, eternamente!

LAU. Así... Así... Dime que me amas...

JUAN ¡Laura mía, te amo, te adoro!

LAU. Juan mío... te idolatro... Adios... yo mue... ro... Adios ama... di... si... mo... de mi al... ma...

JUAN ¡No quiero que mueras! ¡Laura, Laura!

LAU. Mue... ro... por... amar... te. Un be... so...

JUAN ¡Toma!

LAU. Adios... pa... ra siem... pre... (*Muere.*)

JUAN ¡Adios, mujer adorada! ¡Quiero seguirte á la tumba!

¡Quiero morir! ¡Oh, que peso siento en mi corazón! ¡Mi cerebro como si quisiera saltar del cráneo haciéndose pedazos! ¡Oh, Dios! ¡Si existes, sino eres más que una concepción humana, una idea simbólica del conjunto universal, acude á mi ruego, sálvame, ten misericordia de mí! ¡Dame una prueba inequívoca de tu bondad infinita y de tu sabiduría absoluta! ¡Recibe esta pobre alma, purificada por el sufrimiento y por el amor! (*Pausa.*) Yo me vuelvo loco. Tan terribles emociones me matarán. La fatalidad me persigue por todas partes, como si el destino hubiese señalado con el dedo mi perdición eterna. La fé me falta. El llanto de mis ojos ejerce saludable influjo en mi alma dolida. (*Don Lope desde el interior del palacio.*)

LOPE ¡Mi mujer no está en su cuarto! ¡He oído gritos! (*Sale rápidamente á escena.*)

ESCENA QUINTA

Don JUAN y don LOPE, luego la servidumbre.

LOPE ¡Cielos! ¡horrible desgracia! ¡Funesta suerte! ¡Laura,

Laura adorada! ¡No se mueve, está ensangrentada! ¡muerta!
¡Asesinada!.... ¡Un hombre!.... ¿Quién sois? ¡Ah, vos
sois el asesino!

JUAN ¡Soy don Juan TENORIO!

LOPE ¡Asesino de mi idolatrada Laura. Enemigo de la especie humana, perdición del mundo entero, Satanás personificado, sois un miserable asesino! ¡Todo, todo lo comprendo!.... ¡Habéis intentado seducir á mi infortunada Laura, mi único bien y como no se prestase á vuestros viles deseos, la habéis asesinado!

JUAN ¡Reportaos, don Lope! ¡Acosado, perseguido por las gentes de don Gonzalo de Ulloa, me refugié en vuestra hacienda, donde he tenido la desgracia de presenciar, no evitando en mi mano evitarlo, la muerte, el suicidio de vuestra pobre Laura, que deploro como vos y me asocio á vuestro justo dolor.

LOPE ¿Y me creéis tan torpe, tan falto de sentido, para convencerme de vuestras mentidas palabras? ¡Ah!... ¡No, vos habéis intentado su posesión! ¡Ella se ha resistido, ha gritado y vos para completar vuestra infamante obra, la habéis muerto. ¡Miserable asesino, para que veais que soy más noble que vos, desenvainad vuestra espada! ¡Contaos ya en la eternidad!

JUAN Don Lope, comprendo vuestra situación. Vuestra desgracia irreparable os ciega. Oidme.

LOPE ¡En vano intentais convencerme! Vuestra vida es un cúmulo de maldades! ¡Cuando se habla de vos, las gentes se santiguan como si se refiriesen al demonio! ¡Basta!
(Saca su espada).

JUAN ¡Don Lope, atended!

LOPE ¡Laura mía, pobre Laura! ¡No hallaré consuelo en toda mi vida! ¡Y vos, Lucifer, vil asesino! ¿aún respirais?... ¡Pronto, pronto! ¡Poneos en guardia!

JUAN Vuestra imaginación exaltada por el natural dolor que os agobia, os hace ver las cosas fuera de la realidad. Cal-

maos, estoy á vuestra disposición, para daros todas las explicaciones que me impongais y si necesitais un servidor leal, me pongo á vuestras órdenes. (*Sale la servidumbre con hachas encendidas y espada en mano.*)

LOPE ¡Miradle! ¡Este es el ladrón, el asesino que ha dado muerte á vuestra señora! ¡á mi desventurada Laura! ¡Mi llanto es el bálsamo consolador de la pena que me agobia! (*La servidumbre se dirige á don Juan para prenderle.*) Deteneos. ¡A vuestra presencia debo darle muerte con mi espada y con mi puño! ¡Don Juan vos que alardeais de valiente y empleais vuestro heróico valor matando infelices mujeres y asesinando por la espalda cuando el miedo os lo aconseja! ¡Quiero vuestra vida! ¡Poneos en guardia! ¡Sois un cobarde! ¡un vil asesino no puede ser un hombre valeroso! ¡Sacad el acero y que brille en vuestra diestra! ¡Pronto, infame, ó vais á morir á mis manos, como merece vuestro proceder rastrero y miserable!

JUAN ¡Acude Satanás, ven en mi auxilio! Comunica á mis nervios y á mi sangre tu furia insana! ¡Dame sentimientos de tigre y corazón de hiena, para que se aparte de mí para siempre toda idea del bien! ¡Lucifer acude á mi llamamiento é inocular en mi ser tu orgullo sublime ¡rival de Dios!

(*Se levanta del suelo espesa humareda y llamas.— Aparece por el escotillón Lucifer que se coloca con los brazos cruzados en el centro del fondo del escenario.— Viste traje color de grana á semejanza del Mefistófiles de «Faust».*)

ESCENA SEXTA

Dichos y LUCIFER

LOPE ¿Qué os pasa, don Juan, que vuestra espada se conserva en el cinto? ¡Vil asesino! ¡deshonor de España! ¡del mundo entero! ¡Defendeos ó traspaso vuestro corazón de fiera!

JUAN ¡No puedo más! ¡Gracias Lucifer por tu auxilio! ¡En

— mis venas arde un fuego destructor! ¡Cual la lava de un volcán lo asola todo! *(Coloca la diestra sobre la pistola que debe disparar.)*

LOPE ¡Cobarde! ¡No te atreves á esgrimir tu espada con la mía! ¡Muere!

JUAN *(Le pega un pistoletazo.)* ¡Como vil criminal me trataste, os justifico ante la eternidad!

LOPE ¡Jesús me valga! ¡A él, á él, al asesino! *(Cae muerto.— La muchedumbre va á arrojarse sobre él y se detiene. Don Juan saca su espada, Lucifer la suya y se pone en primer término al lado de él, que dice con voz de trueno:)*

JUAN ¡Ay de vosotros! ¡el que se atreva, muere á mis manos! ¡Atrás canalla! ¡Tiembla! ¡Paso al inmortal don Juan TENORIO!

(Vase rápidamente por el fondo, izquierda, seguido de Lucifer.)

Fin del acto tercero



Acto cuarto

Bosque frondoso de bella perspectiva.—Aparece don Juan sentado sobre una piedra, en una mano apoyada la frente y la otra sobre una rodilla.—Lucifer á su derecha de pié.—A la izquierda una cueva.—Crepúsculo vespertino.

ESCENA PRIMERA

Don JUAN y LUCIFER

JUAN ¡Estoy rendido! ¡Dos días de andar sin descanso, sin disponer de medios con que alimentarme! ¡Sin sueño reparador para recuperar las fuerzas agotadas de mi organismo! Eso es un principio de locura. Moriré demente.

LUC. Señor, cobrad ánimos, no se diga que un hidalgo de vuestro temple, se acobarda por pequeñas contrariedades. Valor. Ya sabeis que os he seguido por todas partes, sin embargo me veis tan campante, tan enérgico como si nada.

JUAN Ciutti, es que me siento enfermo, no sé que tengo, casi me desconozco á mi mismo, ni sé que partido tomar.

LUC. Descansad un rato, tomad alientos y luego continuaremos el camino que en breve nos conducirá á un oasis de salvación donde satisfeceremos el hambre y apagaremos la sed devoradora. No os amilaneis, que mientras me conserve á vuestro lado, me sacrificaré por vos.

JUAN Gracias Ciutti; escudero leal de alma noble y generosa, más que subordinado, amigo entrañable. ¿Qué te parece Ciutti amigo? ¿Qué debemos hacer?

LUC. Señor, tanto hemos andado que no podemos estar muy lejos de población.

JUAN Velay, Dios te escuche.

LUC. No habléis de El en este momento porque Satanás nos auxilie.

JUAN Es verdad, Ciutti. Estamos dejados de la mano de Dios. Acaso he dicho una tontería, si no existe, no hablemos más de un sér imaginario.

LUC. Hablais como un libro. Vuestra elocuencia me asombra. Sois un portento de la filosofía darwiniana.

JUAN ¿De cuando acá usas esas frases, que no te las había oído pronunciar nunca? Tu no eres Ciutti.

LUC. Señor, soy Lucifer.

JUAN (*Levanta la cabeza y se asombra.*) ¡Qué horror! (*Se levanta como impulsado por un resorte.*)

LUC. Tranquilizaos, don Juan. Ciutti ha muerto. Está á estas horas en las calderas de Pero-Botero, súbdito de mi reinado.

JUAN ¡Aléjate de mí! ¡No turbes mi cerebro! ¡No quiero continuar mi vida aventurera! ¡Quiero descansar de una vez para siempre!

LUC. Permitidme, don Juan, os diga que tomáis el rábano por las hojas. Yo no deseo otra cosa que servirlos, sacaros del atolladero, hacer por vos cuanto me sea posible y ayudaros en vuestras necesidades.

JUAN Pero, ¿No existe Dios? Tu has aprobado mi aserto cuando yo dije era un sér fabuloso, una alegoría de la causa mayor. ¿Si no hay Dios, puede haber diablo?

LUC. Hablais como un Fenelón, como un Sócrates. No lo discurriría mejor Calderón de la Barca, poeta filósofo de la vida imaginaria.

JUAN Apea el tratamiento. Dime Lucifer amigo, ¿existe

Dios? (*Se sienta en el mismo sitio.*)

LUC. Solamente en la mollera de los metafísicos, que á fuerza de profundizar pierden la chaveta y pervierten á la humanidad; la atontan, la envilecen.

JUAN Pero si tu eres un espíritu, prueba que el mundo invisible es una realidad absoluta y basta y sobra para demostrar la supervivencia del Padre Creador, causa de causas, inteligencia máxima.

LUC. Ya vas desbarrando. ¿Crees tu en los dioses del paganismo?

JUAN No creo en la fantasía producida por la falta de ciencia. La fé, debe ser apoyada por la razón.

LUC. Tu lo has dicho. ¿Se puede crear algo de nada?

JUAN Ciertamente que no.

LUC. *Ecco il problema.* Si la nada no puede crear algo, la materia ha de ser precisamente causa y efecto de sí misma. Toda la Creación, todas las fases porque ha tenido que pasar la materia cósmica, son el resultado de la organización de la vida propia de la materia universal.

JUAN Pero ¿eres tú Satanás? ¿El diablo? ¿No un hombre que se aprovecha de mi mala situación intelectual, para burlarse de mí, fingiendo ridiculamente?

LUC. No, amigo Juan, soy Satanás, soy Lucifer. Ya ves que para tí es cosa probada. Me tienes delante, no puedes dudar. Sin embargo, como son muy contadas las personas que gozan el privilegio de verme, y de hablarme, te diré: Yo soy el mal. Soy el Dios de la crápula el inspirador de vicios y virtudes. Soy el que dirige la inmensa máquina de la Creación. ¡El gran arquitecto del Universo!

JUAN ¿Luego tú eres como Dios?

LUC. ¡Me haces reír! Yo soy el gran destructor, la silueta de la muerte, el móvil de todo crimen y de toda vida.

JUAN Si no te explicas mejor no te entiendo.

LUC. Atiende pues, Juan, amigo mio: Sin Dios, puede existir

todo. Sin mí, nada. Yo, soy la tempestad que lanza rayos que matan á los séres, que incendian lo que hallan á su paso. Soy el huracán que hunde en la mar bravía á las naves que se atreven á desafiar mi cólera. Desolo las poblaciones, devasto los campos.

JUAN Eres, pues, una calamidad eterna.

LUC. Y una bondad infinita también. ¿Te has fijado en la marea? ¿En el flujo y reflujó del mar?

JUAN Sí.

LUC. Son una consecuencia uno de otro. Pues bien: así como el vendabal arranca árboles, destruye buques, devasta poblaciones y el rayo esterminador esparce la muerte, también sanean la atmósfera y prestan saludable vida al conjunto. Para construir es necesario destruir.

JUAN No te comprendo.

LUC. Suponte tú, que eres ingeniero y que te comprometes á edificar un palacio. Después de previo estudio, trazarás el plano en figuras geométricas, necesitando obreros y materiales para su construcción. Tendrás que abastecerte de piedra, de metales, de maderas, cristales y demás útiles indispensables. Para ello se verán obligados los trabajadores á destruir la tierra para sacar de sus entrañas, la piedra, el hierro, elaborar, pulir y colocar artificiosamente las materias que deben formar el edificio.

JUAN Tienes razón.

LUC. En el terreno filosófico y moral del hombre es lo mismo. Igualmente en la ciencia. El hombre para alimentarse destruye séres orgánicos é inorgánicos. Escaseando los recursos para sus necesidades y cómoda vida, bajo mis auspicios, inventó la guerra, que produce la muerte. Es un asesinato colectivo, honroso y de buena ley.

JUAN En eso no te equivocas.

LUC. Yo soy la destrucción, la muerte. Tu sabes bien que la muerte no es más que la transformación de la materia y para transformarse necesita moverse y la ley del movi-

miento es la vida, luego como consecuencia lógica, incon-
cusa, la muerte y la vida son una misma cosa.

JUAN ¡Me confundo, mi razón desfallece!

LUC. Muy al contrario, tu razón sustituye á la fé ciega, que
no va á ninguna parte.

JUAN Pero, ¿y la teoría del bien y del mal?

LUC. Déjate de necedades. El mal y el bien también son una
cosa misma. Son los dos extremos de la cuerda. Yo pro-
duzco una tempestad, un terremoto.

JUAN Sí.

LUC. Causo muchas víctimas y destrozos, ¿verdad?

JUAN Seguramente.

LUC. ¡En cambio, cuán inmenso beneficio concedo al planeta
Tierra, á los demás mundos y á los seres que habitan el
Universo entero! ¿Al producir la tempestad, no mando el
rayo destructor que si produce pequeños trastornos, en
cambio purifica el aire, rasga las nubes y envía la bien-
hechora lluvia que apaga la sed, fertiliza los campos y
alimenta á todos los seres de la Creación? Doy muerte á
una madre para salvar á su hija, preciosa niña que con
el tiempo será madre también. Para alimentarse los
hombres, ¿no destruyen las plantas, matan á los ani-
males y hasta se comen unos á otros cuando la necesidad
obliga, como los antropófagos y otros que merecen
figurar entre ellos? Eso se llama la lucha por la existen-
cia. Producen un mal para procurarse un bien. Queda
probado pues, categóricamente que la vida y la muerte
son un juego de palabras, que tienen idéntico significado.
Que el bien y el mal son en realidad una misma cosa y
que por lo tanto, la existencia de Dios, no se comprende,
no se concibe ni se justifica. Para crear es necesario des-
truir. Yo soy el destructor universal. ¡Sólo yo ocupo el
sólio de la Creación, vacante por la imaginaria desapa-
rición de un ente ridículo que la ciencia ha reducido á
polvo impalpable á la luz de la razón! ¡Sólo yo soy el rey

increado, el señor de los soles, de los mundos y del espacio sin límites, el sér omnipotente que todo lo destruye y que todo lo anima; que todo lo envilece y que todo lo sublimiza!

JUAN Tu ciencia me admira y me trastorna, al considerar la grandiosidad del mal te contemplo asombrado. ¿Pero, tú, qué eres en sí?

LUC. Soy un espíritu eterno como el mundo, como la creación, formado por la esencia de las cosas. Un conjunto de átomos tomados de todas partes, agentes de un fluido imponderable que me da vida incesante, eterna, omnipotente.

JUAN Tus razones son claras pero me producen miedo. Me lastiman.

LUC. No temas, sé fuerte. ¡Ánimo yo te llevare á la verdadera ciencia, al Progreso sin fin, á la perfección sin límites.

JUAN ¿Pero verdaderamente eres un sér concreto, circunscrito?

LUC. No. En sí, nada soy. En el conjunto lo soy todo. Todo lleva consigo parte de mi sér, de mi múltiple individualidad repartida por los ámbitos del Universo infinito.

JUAN No participo de algunas de tus opiniones. Creo en el amor que une á los séres, que es el bien, la abnegación sublime.

LUC. Tá, tá, tá. El amor precisamente es lo más egoísta que imaginarse pueda. Únicamente por satisfacer el instinto de goces materiales busca el hombre á la mujer. El recato, el pudor en ella se traduce en miedo, por temor al que dirán y por no tener que pagar los vidrios rotos. Nadie se casa por amor á la humanidad. Todos los casamientos se realizan por conveniencias sociales ó por intereses particulares de ambas partes. Nadie tiene en cuenta al contraer matrimonio los inconvenientes y sinsabores que puede acarrearles tal estado, sino en gozar de mujer guapa ó de hombre garrido. Sin premeditar si tendrán hijos,

en su educación, en sus conocimientos sólidos que sobresalgan de lo común, y los convierta en bienhechores de la humanidad; esto es cosa para ellos muy secundaria, no les merece consideración alguna. Los padres aman á los hijos por instinto natural inevitable; si quisieran emplear su voluntad en contra de ese cariño instintivo, serían inútiles todos sus esfuerzos para evadirlo. El amor no es una virtud, sino una necesidad.

JUAN (*Levantándose.*) Los mártires de la fé religiosa, los de la libertad, del bien social, que entregan sus vidas á sus verdugos con la frente erguida y con la sonrisa en los labios. ¿Qué significan para tí su abnegación, su sacrificio?

LUC. Otra forma del orgullo y del egoísmo humanos que tú no comprendes todavía. Toda esa cohorte de estúpidos que me nombras, son tan vanidosos y malvados como Bruto matando al César para libertar á Roma de su tiránico yugo. Igualmente los regicidas de todos los tiempos y edades. Lo mismo que los mártires de la ciencia sacrificados por la fé, por rivalidad, por envidia, ó los que sucumben en tentativas temerarias en investigaciones y ensayos peligrosos. Son unos badulaques engreídos de sí mismos que por dejar un nombre inmortal y creerse superiores á los demás, pierden su vida, su salud ó su bienestar. Son tan egoístas y orgullosos como los santos cuya loca vanidad les hace presumir son unos super-hombres, unos semi-dioses. Practican ejercicios inauditos de abstinencia, de virtud, por el interés egoísta de ganarse la gloria de los bienaventurados. Pretenden, con sus buenas obras, comprar le cielo.

JUAN Tu eres un ser inicuo que hay que destruir. Si no eres Satanás, eres un bandido depravado que intenta justificarse de sus delitos y crímenes; que me adula para que yo continúe en el perverso camino que la fatalidad me ha deparado. Pierdes el tiempo en vano. Estás en un error si crees que me has convencido.

LUC. ¡Pero, cabeza de idiota! ¡Tú me insultas y no desmientes con argumentos sólidos mi tesis! ¡Usas palabras que ofenden y no razones que se impongan, como las que te he revelado llenas de pura lógica, matemática, inconcusa, irrefutables!

JUAN No combato tus teorías porque mi cabeza enferma me priva dilucidar. Mi cerebro se niega á dar forma al pensamiento. Lo que no puede la razón el sentimiento de la fé lo consigue; lo explica al corazón y conmueve la inteligencia.

LUC. ¡La fé! ¡Otra majadería de hombres soñadores, que equivale á ceguera intelectual, á estúpida ignorancia! ¡El que se deja dominar por el sentimiento, abdica de la facultad de hombre racional!

JUAN ¡No creas, Satanás quede humillado! ¡El sentimiento es el guía de la conciencia y la conciencia el fuero interno me dice que renuncie á tu conversación, á tu amistad! ¡Vete Lucifer! ¡Quiero ser santo!

LUC. ¡Tú santo! (*Señalándole con el índice*) ¡Ajá, ja, ja, ja! ¡Un hombre como tú que posee todos los vicios y ninguna de las virtudes! ¡No tengo motivo alguno para desecharte! ¡Me haces reír! ¡Ajá, ja, ja, ja! ¡Santo y mártir! ¡Cuánto puede tu egoísmo refinado! ¿Crees cambiar en un instante, en un segundo, toda una vida de disipación y de locuras, por una de austeras costumbres y hermosas virtudes?.... ¡Ajá, ja, ja, ja! ¡Santo! ¡Saludo al docto y angélico varón San Juan TENORIO! ¡Ajá, ja, ja, ja!

JUAN ¡No puedo más, mónstruo vill! ¡Serpiente venenosa de las entrañas de la tierra, origen de todo mal! ¡Yo te maldigo! (*Saca la espada.*) ¡Si mis palabras no te convencen de la inutilidad de tus esfuerzos para persuadirme, te daré esplicaciones con la punta de mi espada! ¡Vete de aquí ó sabrás quien soy! (*Lucifer saca la suya.*)

LUC. ¿Me amenazas? ¿Me desafías? ¿Un hombre cargado de vicios, de crímenes como tú, quiere librarse del demonio? ¡Si lo llevas contigo, bobalicón, como la sarna á la piel, como el grillete el presidiario! (*Va á herirle, el diablo hace un quite y empieza la lucha. Lucifer da saltos y desarma varias veces á don Juan. Le hace saltar y correr por todo el escenario para rendirle por el cansancio. Don Juan hace un esfuerzo y dice:*

JUAN ¡Socorro! ¡Socorro! (*Aparece de la cueva de la izquierda un viejo ermitaño. El diablo dá un grito y desaparece por escotillón. Al marcharse don Juan deja la espada sobre las tablas*).

ESCENA SEGUNDA

DON JUAN y EL ERMITAÑO *yendo hacia él.*

JUAN ¡Ah, padre mío! (*Le abraza.*)

ERM. ¡Hijo mío, ven! ¡Yo cicatrizaré tus heridas con el bálsamo de la caridad. (*Mutación. Desaparecen por la entrada de la gruta. Baja un telón de cielo de hermoso azul y lucientes estrellas y vuelve á subir para verificar la*

MUTACIÓN

ESCENA TERCERA

Don Juan y el Ermitaño saliendo por el centro del foro, donde está situada la puerta ancha, arqueada en cuyo fondo reina oscuridad completa. Interior de la cueva de aspecto fantástico, esqueletos, restos y cruces por las paredes, algunas piedras que sirven de asiento, etc, etc. Es de noche, la habitación alumbrada débilmente por una pequeña lámpara.

DON JUAN y EL ERMITAÑO

ERM. Vamos, hijo mío, sentaos. ¿Os encontrais algo aliviado?

JUAN Sí, padre mío. Inmediatamente que os he visto, he recobrado la calma. La tentación del mal espíritu me ha perturbado en gran manera; la duda ha echado raíces en mi corazón. El temor, el espanto, la divergencia de pensamientos é impresiones que cruzan por mi mente, me conducen á un estado de idiotismo tal que anula mi voluntad y entorpece mis sentidos.

ERM. Tranquilizaos, hijo mío. Dios es grande, Él os dará alivio y sanará todas vuestras heridas. Jesucristo vela por nosotros. Tened fé en Él y seréis salvo.

JUAN Padre: quisiera tener fé. En excepticismo horrible he pasado la mayor parte de mi borrascosa vida de delitos y crímenes.

ERM. Permitidme si no soy molesto. Me habeis hecho entrar en curiosidad. ¿Podriais decirme quien sois?

JUAN Soy el mismo Lucifer maldito, el mismo Satanás. El diablo no tiene por qué desecharme, me lo ha dicho ya. Soy el desventurado don Juan TENORIO.

ERM. ¿Qué habeis dicho?... ¿Vos don Juan TENORIO?... ¡Sea el cielo loado! ¿Vos don Juan? ¡Qué placer tan grande para mí, al estrecharos contra mi corazón! ¡Qué gloria para mí, si consigo llevaros por el buen camino á la senda del arrepentimiento, de la virtud! ¡Qué gozo divino si salvo vuestra alma de la perdición eterna! ¡Gracias, Dios bueno, por el inmenso favor que me concedéis, de redimir á un gran pecador que implora vuestra clemencia y misericordia infinitas!... ¿No sabeis vos quien he sido en el mundo? ¡El odioso libertino don Félix de Montemar! ¡El estudiante de Salamanca, de funesta recordación!

JUAN ¡Vos don Félix, cuya historia se asemeja tanto á la mía! ¿El que inmortalizó Espronceda con su bello poema que lleva vuestro nombre? ¡Qué dicha para mí el conocerlos! ¡Enamorado de vuestras hazañas me propuse imitarlos!

ERM. ¡Infeliz! ¡Cuántos desgraciados habrán hecho lo mismo que vos y yo soy en parte responsable de su perdición! ¡Dios bueno, perdonadme y salvad á esos párias del libertinaje! ¡Volvedles los ojos á la luz divina! ¡Don Juan, hijo mío: os pido con las lágrimas en los ojos, que abandonéis de una vez para siempre ese fatal camino de perdición que tantas víctimas causa! ¡Me habéis imitado en las locuras de mi vida funesta de vicios y perfidias! ¡Imitadme también en la vida de penitencia y de oración! ¡Don Juan, hijo mío! ¡os suplico, os ruego, os imploro, amigo mío, hermano mío, salvéis vuestra alma, salvad la mía, siendo modelo de austeridad y virtud! Hace treinta años que separado del mundo y de sus pérfidas tentaciones me retiré á este sitio. Mi vida de penitencia y de amor á Dios y á la humanidad, me ha redimido. ¡Imitadme! ¡Por el que murió en la cruz para salvarnos á todos, hasta á sus propios verdugos!

JUAN Padre mío, decidme, ¿qué debo hacer?

ERM. ¡Por compasión!... ¡No volvais al mundo, porque os sería completamente imposible regeneraros! Si os place podéis quedaros aquí, sereis mi compañero, mi hijo querido, mi hermano amado. No soy un misántropo. No huyo del

trato de las gentes, muy al contrario, busco á los hombres desvalidos, desgraciados, por esas cercanías, para aliviarlos y fortalecer su espíritu. Mi misión es allegar almas al reinado del Señor. Podeis vivir á mi lado, el lugar es bastante espacioso. Si no queréis habitar aquí, no volvais al mundo, porque serían inútiles todos vuestros esfuerzos y buenos propósitos de enmienda. Si deseais la soledad, el recogimiento, yo os indicaré una cueva cercana, desierta por la glorificación de mi santo maestro, que en el cielo esté. Era Daniel, el ermitaño. El hizo por mí, lo que deseo hacer por vos. ¡Vivid en la meditación y en la abstinencia y conseguireis el premio de los bienaventurados.

JUAN Padre: me quedo en vuestra compañía.

ERM. ¡Qué decís! ¡Hijo mío! ¡Qué ventura para mí! ¡Qué gloria para el Omnipotente! ¡Gracias Dios Santo!

JUAN Padre: permitidme besar vuestros pies.

ERM. Hijo mío, no me humilléis. ¡Venid á mis brazos! Sea nudo de paz y virtud ese abrazo fraternal! (*Se abrazan.*)

JUAN ¡Gracias padre mío!

ERM. ¡Dadlas al Todopoderoso, el único digno de merecerlas!

JUAN Padre mío: ¿Verdad que existe este divino Sér? ¿Verdad que hay un Dios? ¿Verdad que tenemos una alma inmortal? ¿Verdad que nuestra vida es pasajera? ¿Verdad que hay un cielo para los justos?

ERM. No lo dudeis ni un momento, hijo amado. Para ello no es necesario solamente tener fé, sino inteligencia clara, austera templanza y amor á la virtud. Todo tiene una causa. La creación también. Por los efectos debemos conocer la causa primera. El acaso no puede crear nada; hay que admitir una causa única, eternamente suprema, indefinible.

JUAN Pero, ¿Dios, no puede ser efecto de otra causa desconocida?

ERM. Si el Omnipotente hubiese tenido antecesor, éste sería el Padre Eterno. Lo que equivale la negación absoluta del primero y prueba la pre-existencia del segundo.

JUAN Comprendo.

ERM. No volvais la vista atrás porque caeriais en el abismo del engaño. Seguid adelante por el camino del Cielo. La

causa de tantas y tan grandes maravillas que llenan el espacio ilimitado del Universo infinito, está en proporción del efecto.

JUAN ¡Tengo fé! ¡Adoro á Dios!

ERM. ¡Gracias! ¡Orad, orad de rodillas! (*Lo ejecuta.*) ¡Dios grande! ¡Misericordia absoluta! ¡Suprema Ciencia del Bien! ¡Yo os devuelvo al hijo pródigo, á una alma descarriada, que implora tu perdón!

JUAN ¡Qué alegría inesplicable invade mi sér! !Parece que retorno de un mundo de delicias! (*El Ermitaño se arrodilla.*)

ERM. ¡Dad gracias á Dios! ¡Gracias, Padre Celestial! ¡Hoy es el día más feliz de mi vida!

JUAN ¡Gracias Omnipotente Creador de Cielo y Tierra! (*Oran un rato en silencio. Levántase el Ermitaño imponiendo las manos sobre la cabeza de don Juan.*)

ERM. ¡En vuestro nombre divino Hacedor de todas las cosas! ¡Misteriosa Isis, robustece la fé de mi iniciado! (*Aparece la estatua de Isis, cubierta con tupido velo, sin moverse de la puerta, cuyo fondo se ilumina de una suave luz blanquecina.*)

ESCENA CUARTA

Dichos y la ESTÁTUA DE ISIS

ISIS Soy la esencia de la psicología misteriosa de ultra-tumba. Soy la voz del silencio y el arcano eterno del mundo invisible. Nadie ha podido arrancar el velo que me cubre. La fuerza primordial del sér, radica en el espacio. La verdadera vida es la espiritual, eterna, de progreso sin fin, de virtud y amor. Destello del infinito, vengo á prestarte auxilio, á darte luz que te guíe en tu camino, por la senda del bien, que has emprendido, que te conducirá coronado de hermosas flores hacia lo Increado, Señor de tantas bellezas y maravillas. El cuerpo material, no es más que una envoltura que cubre al espíritu para llenar su misión sobre la tierra y expiar las faltas cometidas en este valle de lágrimas.

JUAN ¡Isis! ¡Diosa de las ciencias ocultas! ¿Viven mis padres? ¿Me perdonan? ¿Me aman?

ISIS No me llames diosa, porque ofendes á nuestro Padre Ce-

lestial. No soy más que un emisario del Todopoderoso. Los espíritus son inmortales. Los de tus padres te saludan y te perdonan porque te aman. El amor es el precio del perdón. Dios que ve tu sincero arrepentimiento, Padre de misericordia te perdona y te bendice. (*Apágase la luz rápidamente y desaparece andando hácia atrás la estatua de Isis, quedando el fondo de la puerta otra vez completamente oscuro*).

JUAN ¡Ah, gracias Dios mío, por vuestra inmensa bondad!

ERM. ¡Oh, Supremo Hacedor! ¡Recibe mi gratitud eterna como vuestra sabiduría! (*Oyese una orquesta lejana tocar una preciosa melodía. Aparece el símbolo de la Esperanza en forma de mujer, con blancas alas, vestida de blanco y azul adornada de flores de diferentes matices. Lleva en la frente una diadema plateada en cuyo centro brilla oscilante estrella. Se ilumina el fondo por potente foco de luz eléctrica. La música debe durar toda esta escena hasta la mutación final.*)

ESCENA QUINTA

Dichos, la ESPERANZA, menos ISIS.

ESP. Soy el amparo, soy la voz de la clemencia, que redime al infeliz que gime y llora. Soy el amor de los amores divinos, compañera de la Fé y la Caridad. Soy la Esperanza.

JUAN ¡Bella Esperanza! ¡Por ti suspiro! ¡No me abandones!

ESP. Soy la luz que ilumina los cerebros debilitados por el hastío y por el sufrimiento. Soy el faro del peregrino extraviado en los mares procelosos de la vida. Soy la estrella de salvación que señala la ruta al infeliz piloto, perdido en el inmenso piélago de lo ignorado. Don Juan amigo, valor, ama y espera. Días felices de placer espiritual te aguardan al abandonar el mísero cuerpo que te sirve de envoltura. Tu alma inmortal brillará de pureza, radiante de ventura en la celeste gloria. Sigue el camino del bien, de la virtud, que te conducirá á la santidad, reflejo de la perfección de un alma glorificada. (*Desaparece la Esperanza. Don Juan pónese rápidamente en pié y levanta los brazos.*)

JUAN ¡Esperanza, apoya mi fé! ¡Consuela mi corazón lasti-

mado por una vida disipada locamente! ¡Bella Esperanza, sé mi protectora!

ERM. Os hallais extenuado, rendido por el cansancio y por el sufrimiento, venid, que os dispondré alimento y cama que reparen vuestras perdidas fuerzas.

JUAN Si, padre mío, vamos, ¡Dios sea bendito!

ERM. ¡Gracias padre Universal! (*Vánse por la izquierda.*)

MUTACIÓN

(*La escena se llena de una capa de gases en forma de nubes que la cubre por completo, imitando una aurora. La cueva desaparece al disiparse la humareda, convirtiéndose en un salón lujoso que figura ser la alcoba de don Juan. Este aparece vistiendo una bata holgada y vendada la cabeza, sentado en una amplia y cómoda butaca en el centro del escenario, rodeado de sus amigos que visten todos traje negro. Enriqueta á su izquierda arrodillada á sus pies. Alfonso de pié á su derecha, algo alejado del grupo, vuelto de espaldas, cubre su rostro con las manos sollozando. Es de día.*)

Complemento de la Parte Real

ESCENA ÚLTIMA

Don JUAN, ALFONSO, ENRIQUETA, JOAQUÍN, LUIS,
MARIANO y MANUEL.

JUAN (*Como si despertara de un sueño, lanza un prolongado suspiro levantando la cabeza, dirigiendo la mirada hácia arriba. Recobra la plenitud de sus facultades y dice:*) ¡Ah! Exaltado mi cerebro por la fuerza de la fiebre me he forjado fantásticas ilusiones. ¡Delirio fué! ¡He soñado que era yo el Quijotesco don Juan TENORIO, inmortalizado por el gran Zorrilla! (*Llamando á Alfonso.*) Alfonso... (*Alfonso conmovido no se mueve del sitio.*) ¡Alfonso!... (*Alfonso hace un esfuerzo se dirige hacia él, se abrazan y cae arrodillado á los pies de don Juan á su derecha!*) ¡Ven, pobre Alfonso, sér puro y bello, de alma grande y generosa!... Enriqueta, da la mano de esposa á tu querido Alfonso... (*Lo ejecuta Enriqueta*) Así, almas cándidas y virtuosas... Sed ejemplo de bondad y amor. Sed recono-

cidos por Santos á vuestra muerte, que os cubrirá de gloria.... Alfonso, cástate con tu adorada Enriqueta. Te declaro heredero Universal de mis cuantiosos bienes.... Serás por valiente, temido... Rico, pasarás por un hombre eminente... La humanidad que rinde culto á la fuerza, ya no te motejará de imbécil, ni te mortificará con otros dicterios indignos... Te tendrá miedo por haber matado en franca lucha, á un rival, temido de todos, por su mal instinto y su destreza en las armas... El vulgo que abusa del débil, que no respeta al genio, que lo humilla, que lo pisotea, doblará su cerviz ante tu opulencia. La sociedad, idólatra del becerro de oro, te honrará por sabio y erudito, te tendrá por una celebridad nacional... Muero tranquilo y feliz, porque el destino me ha facilitado el cumplimiento de mi primera obra de bien, durante mi existencia azarosa de engaño y de perdición. Creo en el posible espiritualismo y en la vida propia de la materia.... Pongo mi esperanza en Dios.... Mi fé en el porvenir de ultra-tumba... Hasta la eternidad amigos queridos... Allí... nos... reuniremos... Rogad... por... el... alma... del... tristemente ape... lli... dado... EL... TE... NO... RIO...
(Muere)

TODOS ¡Ah! (*Baja el telón pausadamente.*)

Fin del drama



Fé de erratas

Página	Línea	Dice	Debe decir
2	12	articipado	anticipado
5	5	rrimera	primera
5	22	se ha	se le ha
15	7	empaender	emprender
16	17	biens	bien;
20	17	pérfida	pérfida
41	4	pudo	puedo
41	13	enmudecería	enmudecieran
46	29	mujer	esposa

Notas.—Autorizo á los señores actores y empresarios para estrenar el presente drama, siempre que me lo soliciten por carta, ó bien me remitan, un periódico ó programa que lo anuncie al Público.

Suplico á todos los señores Representantes de la «Sociedad de autores españoles» me presten su influjo para que se ponga esta obra en escena en sus respectivas localidades, y me remitan algunos ejemplares de periódicos que se ocupen de anunciar al Público, las funciones teatrales.—*El Autor.*

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Corona de espinas
Los hijos de D. Silvestre
D. Quintín de Cascarilla
Doñ Pere Singlá
La ciega avaricia
Quien á buen árbol se arrima.
Ses monas de se cala



*De venta en las principales librerías y en la calle
de San José, 75, Mahón. Baleares.*

